

Una pelirroja de recambio

keith luger



—Hijo mío, ten cuidado en París que hay mujeres muy malas —dijo la señora Lefranc.

—Sí, mamá.

—¿Te llevas la bufanda?

—Desde luego.

—En los trenes hay corrientes de aire… Abrígate bien.

—Me abrigaré, mamá.

—Y, por favor, nada de alcohol.

—Ni lo probaré.



Keith Luger

Una pelirroja de recambio

Bolsilibros - Servicio Secreto - 840

ePub r1.0

LDS 29.11.17

Título original: *Una pelirroja de recambio*
Keith Luger, 1966
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



SS SERVICIO SECRETO



Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Capítulo primero

—Hijo mío, ten cuidado en París que hay mujeres muy malas —dijo la señora Lefranc.

—Sí, mamá.

—¿Te llevas la bufanda?

—Desde luego.

—En los trenes hay corrientes de aire… Abrígate bien.

—Me abrigaré, mamá.

—Y, por favor, nada de alcohol.

—Ni lo probaré.

—Pero no se te olvide tomar tu vaso de leche.

—Desde luego, mamá.

La señora Lefranc se puso de puntillas para alcanzar el cuello de su hijo. Era muy alto y había cumplido ya los veintiocho años.

La señora Lefranc creía que su hijo Jean era un niño indefenso.

Lo besó dos veces en la mejilla derecha, dos en la izquierda y, por último, lo besó en la frente.

—Mamá, me has embadurnado —dijo Jean pasándose el pañuelo por la frente para borrar las huellas.

—Ojalá te hubieses dejado las manchas. Así habrían pensado que eres un hombre casado… Hay cada mujer por ahí.

—¿Dónde, mamá? —dijo Jean mirando a su alrededor.

—Era una forma de hablar.

—Ah, sí, mamá.

Empujó a su madre hacia el vagón y la hizo subir. Una vez ella arriba y él abajo, Jean dijo:

—Buen viaje, mamá, y escribe.

—¡Pero, hijo mío, si eres tú el que te vas!

—Oh, mamá, perdona.

—Pero qué despistado eres, Jean.
—Tienes razón, mamá. Por eso sugerí que no debían enviarme a París, pero el jefe dijo que yo era la persona mejor preparada.
—Claro que lo eres —asintió la señora Lefranc tras descender del vagón.
—André Pourtier era la persona indicada para ir a París, mamá.
—Tú eres mucho más inteligente que él.
—¿Tú crees, mamá?
—Y más guapo.
—Mamá, que no voy a un concurso de belleza.
—Pero vas a una reunión de sabios. Y tú eres el más sabio de todos.
—No tanto, mamá, no tanto…
El tren en que debía viajar Lefranc anunció su salida.
—Sube, hijo, o te quedarás en tierra.
—Hasta la vuelta, mamá.
—Al llegar, llámame en seguida…
—Sí, mamá, descuida. Te llamaré desde el hotel.
—Buen viaje, hijo.
Jean se volvió para subir.
Pero en ese momento chocó con una pelirroja.
Ella llevaba muchos paquetes en la mano y cayeron al suelo.
—Oh, perdón —dijo Jean.
Se agachó pero con tan mala fortuna que chocó su cabeza contra la de la pelirroja, que también se disponía a recoger los paquetes.
—¡Oh! —dijo ella y cayó de espaldas.
—Perdón —dijo nuevamente Jean y la cogió de un brazo para ayudarla a levantarse, pero al tirar de ella le sacó un guante y fue ahora él quien cayó.
La joven dio otro grito porque nuevamente se había vencido.
—Pero ¿qué calamidad es usted? —chilló. La señora Lefranc intervino rápidamente.
—Señorita, no le eche el ojo a mi hijo.
—¿Cómo dice?
—La vi venir. Se lo echó.
—Pero ¿de qué está hablando, señora? Si ese hombre es su hijo, se lo queda enterito.
—Pero ¿qué dice? ¡Está hablando de mi hijo…!

—Mamá, cállate, por favor —dijo Jean levantándose y forzando una sonrisa a la pelirroja—. Perdón, pero ella es mi madre.

—Ya me enteré de que no es su padre.

—No, mi padre ni vino. Mi madre no lo dejó porque está un poco constipado y, con este tiempo, ya sabe…

La pelirroja lo miraba con ojos parpadeantes.

—Pero ¿de qué está hablando usted…? La señora Lefranc gritó:

—¡Hijo mío, esta mujer me ha insultado!

—¿De veras, mamá? Seguro que no ha sido intención de esta señorita decir nada que te ofendiese… No, no hace falta que conteste, señorita. Si le parece, usted, mi madre y yo nos vamos a tomar algo a cualquier bar. De esa forma borraremos la mala impresión de este enojoso encuentro.

El convoy había empezado a deslizarse por los raíles. La pelirroja gritó:

—¡Que yo me voy ahí…! ¡Qué pierdo el tren…!

Se movió rápidamente hacia la puerta y Jean fue también detrás de ella.

La ayudó a subir. Dos paquetes estuvieron a punto de caer pero Jean los sostuvo entre su pecho y las nalgas de la pelirroja.

—¡Hijo mío! —gritó la señora Lefranc—. ¡Las mujeres…! ¡Cuidado con las mujeres…! ¡Y sobre todo, cuidado con ésa!

—Sí, mamá —gritó Jean volviéndose hacia la señora Lefranc. La pelirroja lo atrapó por el cuello y le dio un tirón.

Los dos rodaron por la plataforma y los paquetes cayeron nuevamente por entre ellos. La joven hizo rechinar los dientes. Los dos se pusieron a gatas y otra vez chocaron sus cabezas.

—Oh, perdón —dijo él.

—No, por favor, no diga perdón.

—Dígame qué quiere que diga.

—Nada. No quiero que diga nada, ¿lo oye? ¡Nada! Pero ¿qué clase de hombre es usted?

—Jean Lefranc, para servirla; químico industrial.

—¿Por qué lo ha dicho…? ¿Por qué? Quería olvidarlo.

Jean se metió la mano en el bolsillo y sacó un tubo que alargó a la joven.

—¿Qué me quiere dar? —gritó ella.

—Tome un par de comprimidos con un vaso de leche.

—No bebo leche.

—Con agua… Son contra el nerviosismo… Usted está muy mal, señorita… ¿Se tomó la tensión? Debe ir al médico con más frecuencia.

La joven abrió la boca. Hizo una mueca, compungida. Cerró los ojos y en esa posición dijo:

—Oiga, señor Lefranc, ¿quiere hacerme un favor?

—Todos los que usted quiera.

La pelirroja abrió los ojos y, apretando los puños, gritó:

—¡Tírese por una ventanilla!

Lefranc se puso en pie y bailoteó nervioso.

—¿Por cuál de ellas?

—¿Cómo? ¿Qué dice?

—¿Lo ve usted? Ya está mejor —sonrió Jean—. Sólo quise hacer un chiste para tranquilizarla, ya que no quiere tomar los comprimidos.

La pelirroja casi se echó a llorar.

De pronto, tuvo un arrebato de ira y se levantó. Atrapó todos los paquetes.

—¡Ábrame esa puerta! ¡Ábramela…! ¡Ésa si no quiere que me mate…! ¡La de los compartimientos!

—Sí, enseguida —dijo Jean—. Pero, tranquilícese o se volverá a caer.

La joven desapareció por el corredor, como un ciclón y enseguida se oyó un gran alboroto acompañado por un largo alarido.

Jean se mordió los dedos de la mano izquierda no atreviéndose a mirar por el hueco pero al fin lo hizo. La pelirroja estaba otra vez en el suelo.

—¿Verdad que no quiere que le eche una mano? —dijo Jean con un hilillo de voz.

—¡No! —gritó la pelirroja.

—Bueno, no tiene que preocuparse, señorita. Ya no volverán a ocurrir más cosas entre usted y yo.

—Tengo serias dudas acerca de eso.

—Se lo voy a demostrar enseguida. Usted viaja en este vagón y yo en el otro…

—¡Pero seguiremos en el mismo tren, en el mismo país, en el

mismo continente, en el mismo planeta…!

Jean balbució unas palabras de disculpa y se fue al otro vagón porque pensó que, si se quedaba un rato más allí, a la pelirroja tendrían que ponerle una camisa de fuerza.

Capítulo II

Jean se había olvidado ya del incidente con la pelirroja. Se había apuntado al turno número dos para comer.

Ahora se dirigió al vagón comedor.

Llevaba en la mano un folleto sobre química: «El frío y la industria». Andaba distraído. Eso le fue fatal.

Alguien había puesto un pie fuera de su sitio y, justamente fue a tropezar con él. Se vino hacia adelante y se agarró a lo que pudo.

Resultó ser un cuello.

Lo soltó enseguida al oír un grito femenino.

Sin embargo, no pudo evitar que la cabeza a la que pertenecía aquel cuello se metiese en el plato que tenía delante.

Jean cayó en el suelo pero alzó la vista rápidamente.

Allí estaba otra vez ella. La conoció enseguida por el cabello. Por la cara resultaba un poco difícil, ya que la tenía llena de tomate.

Jean sintió que se producía un vacío en su estómago.

—¿Está bueno? —dijo, porque fue lo primero que se le ocurrió. Los ojos de la pelirroja chispearon.

—¡Usted…!

—Perdone, señorita —dijo Jean y levantándose atrapó una servilleta que había caído al suelo y se puso a limpiar la cara de la joven.

—¡No me toque!

Algunos curiosos habían vuelto la cabeza hacia ellos. Jean les sonrió.

—No está loca… Sólo tuvo una desgracia…

La pelirroja le quitó la servilleta de un manotazo y se puso a limpiarse desesperadamente mientras decía:

—¡Esto me lo va a pagar!

—Señorita, por usted estoy dispuesto a todo. Si quiere me llena la cara de tomate —miró el plato—. Pero ha dejado muy poco… Me sentaré con usted, pediré otro plato de tomate y dejaré que me lo plante en la cabeza como sombrero.

—¡No quiero que se siente a mi lado!

—¿No se le ha ocurrido pensar en algo? ¿En que quizá somos almas gemelas?

—Esa idiotez sólo se le puede ocurrir a usted. Yo en cambio, he pensado en otra cosa.

—Me alegra mucho —sonrió él queriendo ser amistoso.

—¡He pensado que el único loco que hay aquí es usted, que se ha escapado del manicomio y que debe estar encerrado en una mazmorra porque es usted un peligro para el mundo!

Jean miró a un lado y otro, porque los comensales volvían a mirar hacia aquel lado.

—Cállese, señorita, o terminarán por creer que es usted la desequilibrada… Me sentaré a su lado y prometo ser un buen chico.

—Puede quedarse todo el tiempo que quiera, porque yo me voy.

—Oh, no puedo consentir que se quede sin comer… Ella le puso una mano en el hombro.

—No se levante, por favor, o me producirá otra ruina.

—No pensaba tocarla.

—No hace falta que me toque para provocar un cataclismo. ¡Los provoca con la mirada!

Jean la miró fijamente a los ojos.

—¿De verdad es usted supersticiosa, señorita?

—Nunca lo fui, pero tengo la impresión de que cuando termine este viaje voy a ser la mujer más supersticiosa del mundo.

—Pues aquí donde me ve, yo no soy nada supersticioso, aunque tengo motivos para serlo.

—No me diga.

—Nací un martes trece, a las trece horas del día. La pelirroja cerró los ojos y los volvió a abrir.

—¿Y no es usted supersticioso?

—¡Qué va! Todo me ha salido bien.

—¿Está seguro? —dijo ella apretando los dientes.

—Absolutamente. Estoy la mar de satisfecho con mi suerte. Le aseguro que el número trece no ha influido para nada en mi vida.

—Es justamente lo que estaba pensando.

—Celebro que por fin estemos de acuerdo en algo.

—¿Y qué se le ocurre para festejarlo?

—Champaña. Eso es.

—A mí se me ocurre otra cosa, señor Lefranc.

—¿Sí?

—Para celebrarlo lo voy a perder de vista. ¡Y esta vez va a ser definitivamente!

—No debería decir eso.

—¿Por qué cree que no?

—Porque nunca se puede desafiar al destino.

—Yo sí.

—Está bien; como usted quiera.

—Hasta nunca.

—Hasta luego.

—¡He dicho que hasta nunca! —le corrigió ella.

—El destino dirá.

La joven dio media vuelta y se alejó por el pasillo.

Jean dio un suspiro Estaba mirando las piernas de la joven. Eran bonitas, perfectas, de pantorrillas redondeadas, tobillos finos…

Y las caderas no estaban mal. No, señor, nada mal.

La fórmula era completa. Fósforo, magnesio, cloruro sódico… Todo en cantidades adecuadas para producir aquellas hermosas piernas… Pero ¿por qué diablos pensaba hora en la química?

Recordó lo que le había dicho su madre: «Cuidado con las mujeres, hijo mío». Y entonces dijo en voz alta: «Sí, mamá».

Un hombre de nariz chata se volvió y, al verlo solo, dijo:

—Los lavabos están al final, hijo.

CAPÍTULO III

En París, un hombre con una pierna ortopédica; la derecha, Armand Ettori, estaba sentado en un sillón de un lujoso *living.*

—¿Se sabe algo? —preguntó.

Un hombre de facciones alargadas que acababa de entrar en la estancia sacudió la cabeza.

—Todo marcha bien, señor Ettori.

—Eso no es bastante para mí, Raoul.

—Quiero decir que esa pelirroja morirá.

—¿Cuándo?

—Ésta misma noche.

—¿Dónde?

—En el tren.

—¿Por qué en el tren?

—Porque es en donde ella viaja hacia París.

Los ojos de Armand Ettori, que tenían un poco de oriental, destellaron intensamente.

—¿Qué estupidez estás diciendo, Raoul?

El hombre de las facciones alargadas carraspeó suavemente.

—Se me olvidó decírselo, señor Ettori… Dominique Moreau tomó el tren en Marsella hace media hora.

—¿Cómo es posible? ¡Tenía que ser muerta en Marsella!

—Nuestro hombre no contaba con que Dominique Moreau emprendería el viaje a París tan pronto. Según nuestros cálculos, no regresaría hasta mañana.

—¿Quién ha hecho esos cálculos?

—Yo, señor Ettori.

—Conque tú, ¿eh? ¿Y quién eres tú para tomar decisiones, Raoul?

—Perdone, señor Ettori, pero me atuve a las instrucciones que usted me dio. Usted dijo que Dominique debía morir hoy. Nuestro hombre recibió las órdenes en ese sentido. Estaba esperando una oportunidad. Poco antes de salir de Marsella me telefoneó para decirme que le había sido imposible llevar a cabo la ejecución. Ante esa noticia, le dije que Dominique no podía llegar a París viva.

—¡No me gustan los asesinatos en los trenes!

—¿Por qué, señor Ettori?

—Pueden resultar peligrosos.

—Nuestro hombre es de confianza.

—¡No me basta con eso!

—Señor Ettori, le debo recordar que nuestro hombre ha hecho muchos trabajos y uno de ellos fue precisamente en un tren.

El hombre que estaba sentado tabaleó en una pierna, la derecha, arrancándole unos sonidos de
tam-tam.

—Este asunto es muy importante, Raoul.

—Lo sé, señor Ettori.

—Nunca intervenimos en nada tan grande.

—No puedo olvidarlo, señor Ettori.

—No quiero pensar en lo que ocurriría si esa chica lograse llegar a París.

—Nuestro hombre se lo impedirá. Ya le he dicho a él que se comunique con nosotros inmediatamente que haya hecho su trabajo. Lleva una emisora en su pipa.

Armand Ettori se levantó.

—Tengo una cita importante.

—Pensé que se quedaría aquí hasta que tuviésemos noticias.

—No puedo. Se trata de Mylene. La invité a cenar, pero ya sabes dónde iremos, donde siempre. En cuanto tengas noticias, me haces una llamada.

—Sí, señor, esté tranquilo. En cuanto nuestro hombre nos diga que la pelirroja pasó a mejor vida, lo sabrá usted.

CAPÍTULO IV

Dominique Moreau estaba haciendo esfuerzos por tranquilizarse. Aquel hombre, el larguirucho, la había sacado de sus casillas.

Nunca había conocido a un hombre tan torpe.

¿Cuántas veces la había derribado antes de que ella pudiese llegar a su compartimiento?

Había perdido la cuenta.

Pero luego, en el comedor, las cosas habían ido mucho más lejos.

Se pasó la lengua por los labios porque todavía tenía la impresión de que conservaba en la cara los huevos revueltos con tomate.

No; era sólo una sensación. El «Chanel N.º 5» había barrido aquel olor. En aquel momento llamaron a la puerta.

—Adelante —dijo, pensando que sería el mozo que venía para prepararle la cama. Pero no era el mozo.

Era aquel hombre terrible, el larguirucho torpón. Dominique se quedó como un bloque de hielo. Jean Lefranc le sonrió.

—Hola, ¿está aquí?

—Sí, que yo sepa estoy aquí. Oiga, ¿pero qué hace usted en mi compartimiento?

—No se enfade, señorita Moreau… —Lefranc puso las manos delante, como si temiese que ella se le pudiese echar encima, cosa que cabía pensar porque la joven tenía las manos como zarpas.

—Ande, diga, ¿qué quiere?

—Sólo pedirle disculpas.

—¿Ha venido a eso nada más?

—Bueno, si usted quiere, podemos seguir hablando, o si lo prefiere, la acompaño al comedor.

—¿Al comedor?

—Pregunté al camarero y usted no cenó… El viaje es largo y tendrá apetito…

—No quiero ir al comedor.

—Estupendo, ya pensé en eso; que no quisiese ir al comedor.

—Ya lo pensó, ¿eh?

—Sí, señorita, y aquí tiene.

Lefranc le sacó del bolsillo dos sándwiches envueltos en papel fino.

—Uno es de queso, ¿le gusta el queso?

—No, no me gusta el queso.

—Y el otro es de mortadela. A mí me gusta mucho la mortadela.

—¡A mí no me gusta la mortadela!

—Perdone que no haya acertado. Pero puedo pedir otro sándwich… ¿Salchichas de Fráncfort…? ¿Lomo…? ¿Un filete?

Dominique respiró profundamente.

—Señor Lefranc, le voy a decir algo muy importante. Jean forzó una sonrisa.

—Hable, la escucho…

—Decidí viajar sola, ¿lo entiende…? Y con eso quiero decir que no me interesa ningún hombre que pretenda conquistarme.

—¿Cómo…? —Jean parpadeó—. Pero ¿ha pensado que yo…? Oh, no, señorita, se equivoca, yo en ningún momento he pretendido conquistarla… No quiero decir con eso que no sea usted una mujer interesante. Todo lo contrario, es interesante —miró sus piernas, su busto, su cara—. Muy interesante diría yo…

—Gracias —contestó ella con los dientes apretados.

—No hay de qué. Es sólo justicia que le hago… Le puede dar una idea de lo interesantísima que es el hecho de que he olvidado lo que me dijo mi madre.

—¿Su madre? Oh, sí, ahora recuerdo. Ella le dijo que se apartase de las mujeres, de mí…

—Mi madre cree que todavía soy un niño.

—¿De veras?

—Sí, me quiere mucho.

—Todas las madres quieren a sus hijos…

—A usted le debe querer mucho su madre.

—Yo no tengo madre. La perdí.

—Qué pena… Pero no debería usted ser tan descuidada…

—¿Cómo?

—Oh, perdón, no me di cuenta, usted quiere decir que murió.

—Sí, señor Lefranc, pero yo era muy pequeña…

—Menos mal que tenía a su padre.

—Se equivoca, tampoco tenía padre.

—¿También murió?

—No, señor Lefranc, quiero decir que no lo sé. ¿Por qué diablos me está haciendo preguntas íntimas? ¿Qué le importa mi familia? ¿Me he metido yo con la suya?

—Disculpe, pero yo no tengo inconveniente en hablarle de mi familia. Ya le he dicho que tengo padre y madre. También tengo una hermana que está casada y tiene cinco hijos. Yo soy el padrino del mayor. Se llama Jean, como yo… Los domingos los visito en su chalet del campo. —Lefranc quitó el papel a uno de los sándwiches y le pegó un mordisco—. Lo pasamos muy bien allí. Los muchachos son muy divertidos, aunque traviesos. Pero eso es lógico teniendo en cuenta su edad… Jean, el mayor, tiene un laboratorio. Quiere ser químico, como yo. Un día… Fue muy gracioso lo que ocurrió.

—¿Qué cosa?

—Una explosión. Por poco el chalet salta por los aires. Menos mal que no ocurrió ninguna desgracia… Mi sobrino Jean me dijo que había conseguido un nuevo explosivo y yo no lo creí… No sé qué diablos le echaría a aquello, pero le prohibí que lo volviese a hacer… ¿Quiere el otro sándwich? Está bueno… Yo me estoy comiendo el de queso, así que éste debe ser el de mortadela.

Dominique parpadeó asombrada. Estaba hablando con aquel tipo.

—Oiga, señor Lefranc, ¿ya ha terminado de disculparse?

—Sí.

—Entonces, me gustaría estar a solas. ¡Y no necesito sus bocadillos!

—Sigue enfadada, ¿eh?

—No.

—Lo está.

—¡He dicho que no! —gritó Dominique.

—¿Ve como lo está?

Dominique hizo una mueca compungida como si fuese a echarse

a llorar.

—Señor Lefranc, le aseguro que no estoy enfadada y que puede irse tranquilo… Duerma, descanse… ¡Yo también quiero dormir y descansar…!

—Sí, señorita Moreau, ya me voy, pero si me necesita…

—¡No le necesito…!

—De todas formas, estoy en el compartimiento de al lado.

—¿En el de al lado? —chilló ella.

—Sí, señorita, ¿ve lo que le dije acerca del destino? A veces nos la juega.

—Sí, a mí me la jugó.

—No tiene más que golpear en la pared y me tendrá aquí.

—Gracias, señor Lefranc, pero le garantizo que no voy a golpear la pared…

—Hasta pronto.

—Hasta… —Dominique se interrumpió. No quiso decir: «Hasta nunca». Lefranc le dirigió una sonrisa y salió del compartimiento.

El primer impulso de Dominique fue saltar sobre la puerta y echar el pestillo para que Lefranc no volviese a entrar, pero se quedó quieta porque se dijo que aquel hombre ya había terminado de soltar su discurso.

No, no lo vería más.

Ahora sí que estaba nerviosa.

No podía quedarse allí quieta. Necesitaba mover las piernas. Iría al salón fumador.

Salió del compartimiento y se dirigió hacia allí. De pronto, un hombre tropezó con ella.

No llegó a caer, pero se volvió gritando:

—¿Otra vez, señor Lefranc?

Esta vez se equivocó. No era Jean Lefranc, sino un hombre de cabello rubio y ojos verdes que parecían cuentas de vidrio. Cubría las manos con guantes negros y fumaba en pipa.

—Oh, perdón, le confundí con otra persona —dijo Dominique. El hombre la seguía observando en silencio.

—¿No nos hemos visto antes? —dijo al fin y su voz era muy ronca. Ella le miró con más atención.

—No, creo que no.

El desconocido echó una mirada a sus espaldas, para lo que se

volvió ligeramente. Comprobó que en el corredor sólo estaban él y la joven.

Entonces, metió la mano izquierda en el bolsillo de la chaqueta.

De repente, por detrás de Dominique se abrió la puerta y apareció un mozo. El empleado llamó a una puerta.

Entonces, el desconocido dijo:

—Tiene usted razón, no nos hemos visto antes.

Dio media vuelta y echó a andar por el camino opuesto al que Dominique seguía.

La joven hizo un encogimiento de hombros y siguió andando hacia el vagón fumador.

Al parecer, aquel viaje era el de los incidentes. ¿Y si Lefranc tenía razón y todo se debía a que estaba muy nerviosa?

En el salón fumador había varios viajeros y un par de señoras.

Ella se fue al fondo, donde no había nadie. Encendió un cigarrillo y tomó una revista de una de las mesitas.

Trató de ensimismarse en la lectura de un cuento, pero tras un rato de lectura, se percató de que no recordaba nada de lo que había leído.

Dejó la revista sobre la mesa.

Se había quedado sola en el salón vagón.

¿Y si fuese a la cama como los demás viajeros? Ya era tarde.

Pero no tenía sueño.

Eso era lo malo y había olvidado comprar un sedante. Eso le hizo recordar de nuevo a Lefranc. El llevaba un tubo de comprimidos.

Bastaría con pedírselos a Lefranc.

Oh, no, de ninguna manera, ¿qué tontería estaba pensando? Si viese otra vez a Lefranc, sería víctima de un nuevo ataque. Aquel hombre poseía la rara condición de irritarla.

En aquel momento entró el desconocido de los guantes negros que fumaba en pipa. Miró a su espalda antes de cerrar la puerta.

Luego, se encaminó hacia ella.

Dominique pensó que era otro conquistador.

Se levantó. Terminaría de fumar el cigarrillo en la plataforma.

El aire fresco de la noche le vivificó. Ojalá hubiese salido antes allí. Sí, eso era lo que necesitaba, aire.

De pronto oyó que la puerta se abría tras ella.

Al volverse, vio al desconocido que la miraba fijamente.

—Estaba pensando en usted, señorita.

—¿Sí? —dijo Dominique sin comprender.

—Usted se llama Dominique Moreau.

—Desde luego.

—Lo celebro…

—¿Por qué lo celebra, señor…?

—Llámeme Jules… Todos mis amigos lo hacen… Es usted muy hermosa, señorita Moreau.

Dominique se sintió incómoda. Aquél sí que era un conquistador. Pero, naturalmente, no estaba dispuesta a escucharle.

—Perdone, pero tengo sueño —se puso una mano delante de la boca y bostezó. Esperó que él se apartase, porque estaba cubriendo la puerta, pero se quedó allí.

—Sí, señorita; muy atractiva. Tiene unos ojos maravillosos, azul cielo de cementerio.

—Si no le molesta, son azul mar.

—Unos labios verdes como los de una ahogada.

—¿Qué dice…? Oh, no, mis labios son rojos.

—Su cabellera es negra como la noche.

—Pero ¿qué disparates está diciendo, Jules? Mi cabello es rojo.

—Oh, sí, rojo, como la sangre que brota de un hombre guillotinado. Dominique estaba cada vez más confusa.

Nunca había encontrado a un hombre que pretendiese conquistarla de aquella forma.

—Perdone, Jules, ¿es usted poeta?

—¿En qué lo ha notado?

—No es por nada, pero dice usted unas cosas tan sugestivas.

—Le agradezco que me comprenda, pero déjeme que siga.

—Oh, sí, continúe, por mí no se detenga… Pero, si no le importa, ¿por qué no busca imágenes más románticas?

—Su cuello es lo mejor de todo el conjunto —repuso él como si no hubiese escuchado las últimas palabras de la joven—. Es un cuello como no he visto otro…

Levantó poco a poco las manos.

De buena gana, Dominique hubiera echado a correr.

Cada vez le gustaba menos aquel hombre, sus ojos parecían agrandarse cada vez más y no le gustaba su mirada.

—Tiene el cuello de un cisne.

—Vaya, al fin dio con algo romántico.

—El cuello de un cisne cortado a rodajas.

—Oh, ya lo echó a perder.

Las manos de Jules se movieron con rapidez y atrapó a la joven por el cuello.

—Eh, ¿qué hace?

Jules se echó sobre Dominique, cuya espalda se estrelló contra la barandilla.

—¡Cuidado, que nos vamos a caer…! ¡El tren va muy aprisa, nos mataremos…! Vio la cara del hombre sobre la suya.

Dio un chillido porque comprendió que aquel tipo estaba loco.

Dios mío, ¿por qué no se había quedado en su compartimento? ¿Por qué no había golpeado en la pared para llamar a Lefranc? ¿Por qué no había pedido que le trajese el sándwich de mortadela?

—Muere, preciosa —dijo Jules entre dientes.

El hombre apretaba más y más el cuello de Dominique. La joven sintió que el aire huía de sus pulmones.

Sus sienes le latían con violencia. Un poco más y moriría.

Hizo un esfuerzo supremo y levantó la rodilla con todas sus fuerzas, pegando en el bajo vientre del asesino.

Jules lanzó un aullido y retrocedió tambaleándose hacia el lado izquierdo de la plataforma.

Dominique salió disparada de allí, entrando en el salón de los fumadores.

—Socorro… —dijo con una voz que no podía oírse ni a cinco metros.

Pero el vagón estaba solitario.

Agarrándose a un lado y a otro, siguió corriendo por el pasillo, mientras recuperaba el resuello.

CAPÍTULO V

Dominique no encontró a nadie en el camino. De vez en cuando, volvía la cabeza.

Todavía no veía a Jules, pero de un momento a otro vería aparecer a aquel loco. Llegó al compartimiento de Jean Lefranc y golpeó con fuerza la puerta.

—¡Abra…! ¡Abra…!

Se oyó un ruido en la otra parte y le abrió Jean. Llevaba un pijama y tenía un libro en la mano.

—Ah, ¿es usted? ¿Vino por el bocadillo?

—Sí —dijo Dominique porque ya estaba muy nerviosa.

—Pues lo siento, pero ya me comí los dos. Como usted dijo que no los quería…

—Quítese de ahí y déjeme entrar.

—Oh, perdón. Pero ¿sabe usted lo que hace?

—Claro que lo sé.

—Yo lo decía por su reputación… Ya lo ve, no estoy vestido. Dominique le soltó un empellón y se metió dentro.

Jean trastabilló, pero no llegó a caer.

Dominique cerró la puerta, y se apoyó en ella cerrando los ojos.

—¡Está loco…! ¡Está loco…! —dijo en esa posición.

—Oh, no debe decir eso, señorita Moreau… Le aseguro que no lo estoy. Tengo mis despistes. Es lo que dice todo el mundo, que soy un sabio distraído, aunque yo quitaría lo de sabio.

Dominique abrió los párpados.

—¡La policía…! ¡Eso es…! ¡Debe haber un policía en el tren…! ¡Hay que avisarle, señor Lefranc!

Jean se mojó los labios con la lengua.

—Oiga, señorita Moreau, ya le he dicho que debe

tranquilizarse… Si yo soy una persona que no le cae bien, me apartaré de usted… Pero no hace falta que llame a la policía… Soy una persona civilizada, muy civilizada, según dice mi madre.

—¿Es que no me ha entendido…? Debe llamar a la policía.

—Pero yo soy inocente.

—¡No me refería a usted, hombre! Pero ¿qué es lo que ha pensado?

—Que yo la habría traído aquí con malas artes… Ya sabe, por lo de los bocadillos.

—¡Deje los bocadillos en paz! ¡No se trata de eso, sino del hombre que me iba a estrangular!

—¿Qué dice?

—¿Cómo quiere que se lo repita? ¡Estoy hablando del tipo que hizo un canto a mi belleza!

—¿Y por eso le quiere hacer detener?

—Claro.

—Señorita, está usted muy nerviosa…

—¡Deje de una vez eso!

—¿Pero es que yo no veo la razón para que usted pida la ayuda de la policía, porque un hombre la ha halagado?

—Conque sí, ¿eh? ¿Sabe usted de qué color son mis ojos?

—Azul.

—Azul cielo de cementerio.

—Oh, no…

—¿Y mis labios…? Ande, dígame cómo son mis labios…

—Me recuerdan las fresas, las cerezas maduras…

—No, señor, mis labios son verdes, como los de una ahogada.

—¿Está segura de que los ahogados tienen los labios verdes?

—¿Qué importa eso ahora cuando mi cabellera es negra como un cuervo encima de un ataúd, y mi cabello es rojo como la sangre que brota del cuello de un guillotinado?

—¿Eso le dijo él?

—Claro.

—Admito que esas comparaciones son muy originales… Hay poetas así ahora. Pero, si no le gusta la poesía de ese caballero, sigo pensando que tampoco es motivo para que el pobre hombre vaya a parar a una cárcel.

—Señor Lefranc —dijo ella con los puños apretados—. Posee

usted la rara habilidad de irritarme.

—Yo lo siento mucho.

—Le estoy contando lo que me pasó en el salón fumador.

—Sí, ya lo oí.

—No le conté el final…

—¿Se refiere al poeta? No me diga que se le ocurrió sacar cuatro candelabros y ponérselos alrededor.

—No, no le di tiempo. Primero tenía que matarme…

—Entiendo, se contagió usted de su humor negro.

—¿Qué humor negro…? ¡Ese hombre quiso estrangularme…!

—¿Es posible?

—¡Es que estoy tratando de decirle desde que entré aquí! ¿Lo oye…? ¡Pero usted no me deja hablar!

—Creo que empiezo a comprenderlo.

—Vaya, qué suerte.

—Ese hombre… ¿Como se llama?

—Jules.

—Ese hombre, Jules, está enamorado de usted. Eso está claro, teniendo en cuenta las cosas que le ha dicho. Pero a usted no le gusta su poesía, y es posible que tampoco le guste su persona. En resumen, que usted le dio calabazas, y el hombre, desesperado, perdió la cabeza.

—¿Ya terminó, señor Lefranc?

—Pues sí, aunque podría agregar algo más.

—¡No agregue nada más!

—Como usted quiera.

—No ha dado una en el clavo, señor Lefranc.

—¿No?

—No, señor Lefranc. Jamás había visto a ese hombre antes de llegar a este tren…

—Pero usted le llamó Jules.

—Porque él me lo dijo cuándo tropecé con él en el corredor.

—¿Cuándo tropezó?

—Poco antes de irme al vagón fumador.

—Bueno, entonces fue bastante.

—¿Bastante para qué?

—Para fijarse en usted… Recuerde que yo también tropecé con usted y me fijé… Lo que trato de decirle es que usted es muy

bonita… Sus dosis están perfectamente distribuidas.

—¿Dosis?

—Él fósforo, el manganeso, el cloruro sódico…

Dominique se llevó las manos a las sienes y se apretó allí, cerrando otra vez los ojos.

—No, no puede pasarme esto a mí… Tanto no —gimió.

—¿Se encuentra mal, señorita Moreau?

—Creo que muy mal.

Jean acudió al lado de la joven y la tomó por el brazo.

—No se desmaye… Ella abrió los ojos.

—¿Quién ha dicho que me voy a desmayar?

—No empiece otra vez a enfadarse… Si usted quiere que llame a la policía, la llamaré, pero le advierto que tiene el asunto muy feo.

—¿Por qué dice eso?

—¿Ha pensado en lo que les va a decir a ellos…? Ya sabe, a los policías… Sobrevino una pausa.

Dominique cabeceó.

—Ya le entiendo. Sugiere que ellos me van a tomar por loca.

—Me temo que sí —contestó Jean con un chillido de voz—. Pero no se enfade, ¿eh?, no se enfade… Ahora no estamos hablando de mí.

Los ojos de Dominique se entornaron, y chispearon por las rendijas.

—Luego usted me toma por loca.

—Oh, no, de ninguna forma.

—Entonces, ¿cree lo del hombre que me iba a estrangular?

—Eso sí que no.

—¿Cómo?

—Comprenda que sería demasiado… Probablemente ese hombre se acercó a usted para besarla. Sólo para eso.

—Entiendo, es su teoría del enamoramiento. Ese hombre, Jules, tropezó conmigo en el corredor y quedó prendado de mí.

—No es difícil… Yo…

—¿Decía usted algo?

—Oh, nada, no tiene importancia. ¿Quiere que la acompañe a su compartimiento?

—¿A mi compartimiento? ¿Y qué voy a hacer yo allí?

—Dormir. Le daré dos comprimidos.

—Usted no me dará nada. Si me tomo los comprimidos, yo sólo conseguiría una cosa, facilitarle el trabajo a ese hombre.

—Bueno, si usted cierra la puerta, nadie la va a molestar.

Dominique consideró aquella posibilidad. Si cerraba la puerta no podría entrar nadie.

Claro, ¿cómo no lo había pensado antes?

Además, no había tenido en cuenta lo más importante. Ahora caía en ello. Jules no debía tener ningún interés especial en matarla. Al fin y al cabo, no se habían visto nunca hasta que se encontraron en aquel tren.

¿Por qué iba Jules a quererla matar? Las ideas le daban vueltas en la cabeza. Sí, necesitaba dormir.

—Señor Lefranc, creo que tiene usted razón, debo ir a mi compartimiento. Me acostaré y moriré…, quiero decir dormiré.

Jean le dio unas palmaditas en la espalda.

—Ya verá cómo mañana se siente mucho mejor. Salieron del recinto.

Dominique iba a abrir la puerta de su compartimiento cuando se detuvo.

—Cielos, él puede estar dentro.

—¿Se refiere a Jules?

—Claro, ¿a qué otro me iba a referir?

—Espere, yo miraré.

—Es usted muy amable.

—Los locos se me dan muy bien.

Jean abrió la puerta y asomó la cabeza.

—Eh, Jules… ¿Está ahí, Jules? —Esperó unos segundos y al no obtener respuesta dijo—: No está.

—¿Por qué no mira en el cuarto de aseo?

—De acuerdo, miraré.

Jean miró en el cuarto de aseo.

Se volvió hacia la joven y le dijo sonriendo:

—No ha recibido ninguna visita en su ausencia. De modo que, ya puede olvidar su manía persecutoria.

—¿Qué ha dicho?

—Perdone, se me escapó.

—Manía persecutoria, ¿eh? ¡Y decía que no me tomaba por loca! ¡Váyase inmediatamente de aquí!

—Sí, señorita Moreau, ya me voy… Pero no se olvide. Unos golpecitos en la pared y aquí me tiene.

—¡No espere los golpecitos!

—Como usted quiera. Ya sabe que estoy a su disposición. Lefranc salió del compartimiento y Dominique echó el pestillo.

Sacó de su maletín un pijama, una bata y unas zapatillas y se dirigió al cuarto de aseo. Al poco rato volvió ya cambiada.

Continuaba sin sueño, pero se metió en la cama.

Había muchos trucos para dormir. Ella no contaba borreguitos. Eso era absurdo. Cantaba una canción que había aprendido de niña.

Empezó a cantarla en voz baja.

De repente, oyó un ruido y guardó silencio, mirando hacia la puerta. Tuvo la impresión de que la sangre se le helaba en las venas.

El picaporte se estaba moviendo.

CAPÍTULO VI

Dominique contuvo la respiración.

¿Quién andaba detrás de la puerta?

¿Y si fuese otra vez Lefranc? Pero Lefranc habría llamado.

¿Por qué habría de llamar? ¿Y si Lefranc no era el hombre que ella creía, o que aparentaba ser?

Había una forma de salir de dudas.

—Señor Lefranc, ¿está usted ahí?

El picaporte cedió volviendo a su posición primitiva.

Dominique se sintió más llena de terror que antes. No, no era Lefranc.

Al darse cuenta de que otra vez el asesino quería entrar en su compartimiento, saltó de la cama, se echó sobre la pared del otro lado y empezó a aporrearla.

—¡Señor Lefranc…! ¡Señor Lefranc…! ¡Señor Lefranc…!

Llegó un terrible golpe en el otro compartimento seguido de un aullido.

Dominique quedó inmóvil, sintiendo cómo el pulso latía en sus sienes con gran violencia.

Golpearon a la puerta y lanzó un grito.

—¡Eh, señorita Moreau! ¡Abra! ¡Soy yo, Lefranc…!

Dominique corrió hacia la puerta y la abrió. Se echó de bruces sobre Lefranc.

—Eh, cuidado, a ver si nos caemos —dijo él—. Es lo que me faltaba. Me di un buen golpe en la cabeza.

—Señor Lefranc, otra vez estuvo aquí.

—¿Quién?

—El asesino.

—¿Jules el poeta?

—Sí… Intentó abrir la puerta.

—Tranquilícese. Seguramente fue una suposición suya…

—¿Qué dice? Vi moverse el picaporte… ¡Lo vi como lo veo ahora a usted!

—Oh, sí, desde luego.

—¡Suélteme! Ya sé lo que está pensando. Antes me tomó por una loca y ahora cree que sufro una obsesión…

—A veces, también yo me he obsesionado.

—¿Sí? ¿Con qué?

—Con el estudio, por ejemplo… Y otra vez me obsesioné con mi profesora de piano. Creí estar enamorado de ella. Y cuando era más pequeño me obsesioné con cierto fantasma protagonista de un cuento. Lo veía en todas partes.

—¡Yo no soy una niña pequeña, señor Lefranc!

—No, no hace falta que me lo recuerde —dijo Lefranc—. No, señor, no es usted una chica, sino una persona muy mayorcita.

—¿Ya acabó de examinarme?

—Pues sí. Aunque yo creo que podría estar más rato. Tiene usted mucho que examinar. Diablos, no sé lo que me digo…

Dominique se dio cuenta entonces de que estaba en pijama.

Lefranc la estaba abrazando y él también estaba en pijama. Por cierto, Jean parecía más musculoso de lo que había creído.

Pero ¿qué infiernos importaba ahora que Jean fuese musculoso o no?

—Señor Lefranc, es mejor que se vaya.

—¿Usted cree? —dijo él tragando saliva—. Si no tiene inconveniente, me quedo.

—¿Para qué ha de quedarse?

—Para protegerla.

—Yo no necesito protección —dijo ella, olvidándose de su problema. De pronto apareció una mano en el hueco de la puerta.

Dominique la miró aterrorizada y pegó un salto colgándose del cuello de Jean. El la sostuvo contra sí.

—¿Ve usted cómo necesita protección? —sonrió.

La joven tenía los ojos desorbitados mirando la mano que estaba en el hueco de la puerta.

Lefranc estaba turbado por el suave perfume que emanaba de Dominique. Sintióse transportado al séptimo cielo.

—Señor Lefranc…

—Llámame Jean, querida —dijo él con voz suave.

—¡La mano, Jean!

El creyó que se refería a sus manos y la apretó más.

—¡No, esta mano, no! ¡La otra! Jean la atrajo más con la otra mano.

—¡La de la puerta…! ¡Es el asesino!

Jean giró la cabeza y dio un respingo al ver aquella mano. Pero en ese momento asomó también una cabeza.

La de un hombre de unos cuarenta años que defendía sus ojos con gafas de alta graduación.

—Hola, muchachos —dijo con voz tartajosa—. A que acierto lo que son. Se nota enseguida. Recién casados… —soltó un hipido.

—Caramba, es usted un tipo grande —repuso Jean.

—Pura observación, amigo.

—Sí, se nota que entiende.

Jean soltó a Dominique y se acercó al desconocido.

—Oiga, está muy mal lo que hace.

—¿Se refiere a la bebida? No intente soltar un discurso. Ya tengo bastante con mi mujer.

—No me refiero a la bebida, sino a su poesía… A esta joven no le gustan nada sus poemas, ni tampoco le gustó que la atrapase por el cuello…

—¡No me gusta que me sermoneen! —gritó el hombre—. ¡A que le doy un mamporro en la nariz!

—A qué se lo doy yo —repuso Lefranc. Y se lo dio.

El borracho recibió el golpe y se fue contra la pared del corredor.

Cayó de espaldas, puso los ojos en blanco y se desmayó. Jean se volvió frotándose las manos.

—¿Has visto, Dominique? Todo quedó arreglado. Este hombre ya no te dará miedo. Ella respiró profundamente y dijo:

—Éste no es el asesino.

Jean seguía sonriendo y se disponía a decir algo, pero se quedó con la boca abierta…

—¿Cómo has dicho, Dominique?

—Que yo no he visto en mi vida a ese hombre. No es con quien tropecé en el corredor. Ni tampoco es quien me siguió al vagón

fumador.

—¿No es el de la poesía?

—No.

Jean se frotó el cogote mientras miraba al hombre que estaba desvanecido en el suelo.

—Madre mía, por poco lo mato… ¿Por qué no lo dijiste antes?

—Señor Lefranc…

—Hemos quedado en que me llames Jean.

—No hemos quedado en nada. Sólo puedo decirle una cosa. Que es usted una catástrofe.

—Eh, Dominique, tú me llamaste.

—Es cierto, Jean, te llamé… Quiero decir que lo llamé. Pero mire lo que ha hecho. Ha pegado a un inocente y no ha atrapado al asesino.

El borracho volvió en sí gimoteando.

—Marie, ¿por qué me has pegado? Te he dicho que es la última vez que bebo. Te lo juro, Marie… Soy un hombre de palabra y cuando digo que no probaré una gota de alcohol, es porque no la probaré…

Jean levantó al hombre que había golpeado. Se puso a limpiarle el traje, pero entonces el ebrio estuvo a punto de caer.

—¿Cómo se llama, amigo?

—Henri Pradier. ¿Es usted de la policía…? Le juro que yo no llevaba el volante. Era mi mujer quien conducía.

—Oiga, señor Pradier, se encuentra en un tren y no en la carretera.

—Yo no conducía el tren, señor inspector. Era mi mujer. Yo sólo iba de fogonero.

—Está bien, señor Pradier. Dígame cuál es su compartimiento y yo mismo le acompañaré.

El borracho soltó un hipido y dijo:

—Eh, yo a usted lo conozco. ¿No nos hemos visto antes?

—Sí, claro.

—En Marsella. Fue en Marsella. Usted estaba con una rubia.

—Disculpe, señor Pradier, pero no he estado en Marsella con una rubia.

—Con una pelirroja.

—No, tampoco he estado con una pelirroja. Jean le pasó un

brazo por los hombros y dijo:

—Ande, señor Pradier, diga por dónde hemos de ir.

—Al otro vagón.

—Mueva un pie, porque no querrá que lo lleve a rastras.

—Caramba, qué buena persona es usted. Sí, señor. Es usted mi hermano… ¿Qué digo mi hermano? Usted es mi padre…

Jean hizo un saludo a Dominique y se llevó al borracho por el corredor.

La joven decidió no cerrar la puerta del compartimiento, puesto que Jean regresaría enseguida del otro vagón. Fumaría entretanto un cigarrillo.

Después de arrojar una bocanada de humo, se sentó en el borde de la cama. De pronto, le llegó una voz por la izquierda.

—Veo en tu rostro la palidez de la muerte.

Miró hacia aquel lado y nuevamente se quedó sin habla. Allí estaba Jules, el poeta asesino.

Seguía cubriendo las manos con guantes negros.

Pero ahora, con la diestra no manejaba la pipa, sino un cuchillo.

CAPÍTULO VII

—¿Usted? —exclamó Dominique.

—Sí, nena, yo, el hombre que te echaba mucho de menos.

—Hágame un favor.

—Desde luego.

—Olvídese de mí.

—No puedo, cariño —sonrió Jules y dio unos pasos hacía dentro. Ella fue a gritar, pero él levantó el cuchillo.

—Cállate, o te mato enseguida.

—Ya estoy callada.

—Así me gusta.

Jules cerró la puerta pegándole un envión. Dominique se dijo que lo debía distraer.

—¿Sabe una cosa, Jules?

—Dígame.

—Sus poesías me gustaron mucho.

—¿De veras?

—Sus comparaciones son maravillosas… Alégreme el oído, por favor.

—¿Qué quiere que le diga?

—Hábleme de mi nariz, se le olvidó la vez anterior. —Su nariz me recuerda la de una calavera.

—No sea bruto… Perdón, quise decir que es usted un exagerado. Mi nariz está llena de carne. No es la de una calavera… todavía.

—¿Quién es el que hace las comparaciones?

—¡Usted! ¡Sólo usted!

—Entonces, a callar.

—Sí, señor, ya no diré nada. Jules dio otro paso hacia ella. Dominique retrocedió.

—No huyas o te la ganas.

—No, señor. No voy a salir de aquí, se lo aseguro. Pero dígame, ¿por qué me quiere matar?

—No te importa.

—Claro que me importa. Se trata de mi vida.

—Eres muy hermosa.

—No irá a decir que me va a matar porque soy muy hermosa… Si es así, le prometo ser muy fea.

—No sabes lo que dices…

—¿Lo sabe usted, Jules?

—¡Silencio!

—Sí, señor…

Jules entornó los ojos y se echó a reír. Ella rió también.

—Está pensando en el mismo chiste que yo, Jules.

Y es estupendo que riamos juntos.

—No sea estúpida. No me río de ningún chiste, sino de mi patrón.

—Cuénteme lo de su patrón.

—Creyó que yo iba a fallar.

—¿Cuándo lo creyó?

—Antes de subir al tren… Pero yo le dije que no se preocupase… Que este trabajo lo haría con mucho gusto.

—¿Se refiere a matarme?

—Sí.

—Oiga, usted debe haberse equivocado.

—¿Por qué dice eso?

—Porque yo no sirvo para víctima… Quiero decir que deben haberle señalado a otra persona para que le clave ese cuchillo, y usted ha cometido un error.

—No, nena. Dominique Moreau. ¿Recuerdas? Eres Dominique Moreau.

—Si.

—Pues es a Dominique Moreau a quien yo debo matar…

—Pero hay muchas Dominique Moreau. Estoy segura de que las hay a centenares. En este mismo tren las encontrará a docenas… Haremos una cosa. Iremos en busca del jefe de tren y yo misma le pediré una lista de todas las Dominique Moreau que viajan en el convoy. Después, elegirá entre ellas y, a la que más le guste, le pega

el cuchillazo.

—¿Me tomas por idiota?

—Oh, sí… ¡Oh, no…!

En aquel momento llamaron a la puerta. Dominique fue a gritar: «Adelante».

Pero Jules se le echó encima y le puso la punta del cuchillo en el cuello.

—Silencio, nena…

—Dominique, ¿estás ahí…? Era Jean Lefranc.

Dominique quiso decir: «Abre la puerta de una vez, que no está echado el pestillo». El asesino le murmuró al oído:

—Dile que se marche.

—Si.

—Si le dices que entre te mato.

Dominique miró el cuchillo que tenía tan cerca de sus ojos. No, aquel hombre no fallaría. Ni aunque estuviese loco.

—¡Dominique! —llamó otra vez Jean desde el corredor.

—Estoy aquí, Jean.

—Vaya, pensé que te habías quedado dormida.

—Sí, estoy medio adormilada… Y dentro de poco voy a cerrar los ojos para siempre…

Bueno, quiero decir hasta mañana.

—¿Te encuentras bien?

—Nunca me he encontrado mejor —contestó Dominique con voz quejumbrosa.

—Pues cualquiera lo diría, porque parece que te están matando…

Dominique miró los ojos del asesino clavados en ella y contestó:

—No, qué va…

—¿Estás bien?

—Nunca me he encontrado mejor… Bueno, con un poco de frío por la espalda. Pero eso se deberá a que estuve en una corriente de aire…

—Entonces yo también me retiro a dormir… Buenas noches, que descanses.

—Lo mismo digo, Jean, y hasta el más allá.

Dominique ahogó sus últimas palabras porque Jules presionó el cuchillo en su cuello. Oyó los pasos de Jean que se alejaban por el

corredor.

Sus últimas esperanzas se desvanecieron.

Su voz interior dijo: «No has conseguido nada. De todas formas, Jules te va a matar. Al menos, si Jules te hubiese clavado el cuchillo, Jean habría tenido ocasión de atrapar al asesino. Pero ahora Jules te pinchará con esa aguja de acero y se marchará tranquilamente. Nadie le hará pagar su crimen».

—Oiga, Jules, no me mate. Tengo aquí dinero y joyas… Todo será para usted…

—No me sirve.

—Y también tengo un libro de poesías. Lo guardo en mi maleta… Es de un poeta muy bueno, Víctor Hugo.

—No me gusta Víctor Hugo.

—Vaya, si lo llego a saber, le traigo algo más fúnebre. Pero no contaba con su visita. Palabra que no.

Jules se apartó de la joven y bajó el brazo armado.

Dominique comprendió por qué hacía eso. Le iba a clavar el acero en el pecho o en el estómago.

De pronto, la puerta se abrió de golpe y Jean entró gritando:

—¡Detente, asesino!

Jules giró como una centella, pero no lo hizo con la rapidez bastante para evitar que el puño derecho de Jean se estrellase en su mandíbula.

Cayó sobre la joven.

Los dos se vinieron abajo.

Jules se levantó y, dando un terrible alarido, se arrojó sobre Jean.

Éste, más por instinto que por habilidad, dio un tremendo salto y se cogió de la rejilla donde se colocaban las maletas. Luego, levantó las piernas y soltó una doble coz en el pecho de Jules.

Éste retrocedió hacia la pared del fondo.

Pero seguía conservando el cuchillo en la mano.

La joven logró levantarse y atrapó lo primero que encontró a mano. Resultó ser un pulverizador de la esencia, que era del tamaño de un lápiz de labios.

Lo utilizó contra la cara de Jules. De momento, resultó decisivo.

Jules retrocedió restregándose los ojos.

—¡Atrápalo, Jean! ¡Ya está en nuestras manos! —gritó

Dominique.

Jean tomó demasiado en serio las palabras de Dominique y se arrojó sobre Jules, pero se demostró enseguida que el asesino poeta no estaba fuera de combate.

Movió horizontalmente la mano con la que empuñaba el cuchillo y pegó un corte. Jean se quedó sin la manga derecha del pijama.

Dominique utilizó de nuevo el pulverizador.

El asesino retrocedió hacia el hueco de la puerta bajo los efectos del perfume que le hacía lagrimear.

Jean trató de agarrarlo por un brazo, pero Jules le soltó un izquierdazo entre los ojos. Jean se desplomó sobre Dominique y los dos cayeron al suelo.

El asesino, ante tal estruendo, optó por la huida y desapareció muy aprisa por el corredor.

—¡Que no escape, Jean…!

—¡Por mí que se escape! —dijo Jean, porque estaba encima de ella, los labios casi unidos a los de Dominique.

—¿Qué estás pensando ahora, Jean?

—Eres muy hermosa. Al infierno con los consejos de mi madre —dijo Jean y la besó fuertemente en los labios.

Ella forcejeó para librarse de aquel beso, pero él la estaba sujetando muy fuerte.

Los puños de Dominique golpearon el pecho de Jean con fuerza, pero luego cada vez con más suavidad.

Finalmente las manos femeninas se apoyaron con dulzura en la espalda varonil. Jean apartó la cara. Estaba como un sonámbulo.

Ella dio un grito y eso lo volvió a la realidad.

—Pero ¿qué estás haciendo, Jean?

—Dominique, fue estupendo… Probemos otra vez.

Fue a besarla de nuevo, pero ella lo detuvo con las manos.

—¡Me quieren matar…! ¿Es que no lo has visto?

—Olvida eso ahora…

—¿Cómo quieres que lo olvide?

—No te preocupes. Me ocuparé de ese loco dentro de un rato. La policía lo atrapará.

—Es que resulta que fue pagado por alguien.

—Oh, no, Dominique, no divagues más. Lo he visto con mis

propios ojos… Ese tipo está chiflado, y traté a gente así… Algunas me toman por un sabio despistado. ¿Recuerdas?

—No estoy divagando, Jean. Tiene un patrón, él lo dijo.

—¿Quién es el patrón?

—Eso no lo dijo.

—Dominique, has sufrido demasiadas emociones para una sola noche.

—¿Qué dices?

—Estás nerviosa, fuera de ti misma. Es comprensible, Dominique. A cualquier mujer en tu lugar le hubiese pasado lo mismo, pero no te preocupes, estoy a tu lado.

Jean trató de abrazarla de nuevo, pero ella le puso las manos en el pecho. Los dos ojos de la joven brillaban fosforescentes.

—Ya basta de eso.

—¿De qué?

—De abrazarme. Y de lo otro.

—¿Qué otro? —inquirió Jean ingenuamente.

—De besarme.

—Pero, Dominique… Es la primera vez que lo hago. Te lo aseguro. Hasta ahora nunca pensé en las mujeres.

—Claro, tu madre no te dejó.

—Sí —dijo él bajando los ojos al suelo—. Es lo malo de tener una madre que se preocupa tanto por uno, y todo por aquella pulmonía.

—¿Qué pulmonía?

—La que pillé cuando tenía siete años. Hice una excursión al campo con mis amiguitos y, estando sudando, se me ocurrió arrojarme a una alberca… Por poco no lo cuento… Mi madre me cuidó como una gallina cuida a sus polluelos, ¿qué digo? Mucho más, como un botánico cuida su más rara flor en el invernadero. —Jean sacudió la cabeza con tristeza—. Eso es lo que soy. No me da vergüenza decirlo. Una flor de invernadero.

—Pues estás muy fuerte.

—¿Cómo?

—Me has abrazado de una forma que cualquiera diría que te dieron una ración extrema de vitaminas.

—Eso fueron las ganas de estrecharte entre mis brazos. Y ahora te lo voy a demostrar.

—Oh, no, has de ir a avisar a la policía…

—¿Qué policía?

—¿Es que se te ha olvidado? Debemos atrapar al asesino y es cuestión de la policía.

—Tienes razón. Ahora mismo voy, pero volveré enseguida. Cierra la puerta y no abras a nadie… Convendremos una señal. Daré tres golpes y un repique… así. —Jean golpeó sobre la pared tres veces y luego repiqueteó—. ¿De acuerdo, Dominique?

—Sí —contestó ella.

Jean abrió la puerta y salió al corredor.

Desde allí sonrió a Dominique al tiempo que le guiñaba un ojo.

—Cuenta hasta cien y estaré contigo, Dominique. Jean se echó a andar por el corredor.

Iba a pasar de un vagón a otro, cuando oyó una voz tras de sí:

—Quieto, no se mueva.

Se detuvo como si hubiese encontrado en su camino una zanja de cincuenta metros de profundidad y siete de ancho.

Volvió poco a poco la cabeza. Era otra vez el asesino.

CAPÍTULO VIII

Jean forzó una sonrisa y saludó.

—Buenas noches, ¿qué tal está, Jules?

—Ya lo ve. La mar de bien.

—Me alegro mucho. ¿Y la familia?

—No hay familia.

—Bueno, alguien tendrá en su casa para cuidarle, ¿verdad, Jules?

—Tampoco.

—Oh, claro, comprendo… Usted vive en un cementerio. Apuesto a que es el sepulturero.

—Deje de hacerse el gracioso.

—Pero si no trato de hacerme el gracioso. Sólo tengo en cuenta lo que me contó ella.

—¿Qué le contó ella?

—Todo esto que usted le dijo acerca de sus ojos, de sus labios, su cuello… Ahora le llegó el tumo de sonreír al asesino.

—Malo.

—¿Usted cree?

—Sí, es muy malo para usted… Se metió donde no lo llamaban y ahora también lo tengo que matar.

—Pero ¿qué dice, buen hombre? ¿Cómo puede hablar así? Matar es una cosa muy fea…

—No para mí.

—No me diga que le divierte…

—Muchísimo.

Jean carraspeó. Había tratado de ganar tiempo. Pero ¿para qué?, se preguntó. Estaban solos. Todo el mundo dormía. Nadie acudiría en su ayuda. Aquel tipo de ojos saltones le iba a meter un par de

balas en el cuerpo. Y allí iba a acabar la historia del químico Jean Lefranc que se dirigía a París para asistir a una importante asamblea profesional, representando a la casa donde trabajaba.

Vio que el asesino arqueaba el dedo en el gatillo y dio un respingo.

—Eh, un momento, Jules.

—¿Se le ocurre algo?

—Claro que se me ocurre…

—Hable rápido.

—Le invito a un trago.

—¿Qué?

—Que le invito a un trago para celebrar nuestro encuentro… El bar está abierto. Vamos, ya estuvimos bastante tiempo aquí y nos vamos a enfriar.

Jean hasta dio un paso.

—Si se mueve más, lo mato —oyó la voz del asesino. Jean se quedó quieto otra vez.

—¿Es que no quiere que lo invite?

—No.

—Está bien. Vamos al salón fumador. Nunca me he encontrado en una situación como ésta y, antes de que me mate, necesito fumarme un paquete de cigarrillos.

—Basta de chistes.

—¿Digo chistes?

—Demasiados, señor Jean Lefranc.

—Pero, hombre, ¿por qué me quiere matar?

—Interfirió en mi negocio.

—Entonces, le prometo que desde ahora le dejaré en paz.

—Yo me ocuparé de eso. Pero va a ser con este instrumento —levantó la pistola. Jean miró la pistola y no le gustó el negro agujero por el que iba a salir la bala.

—Oiga, Jules, no puede hacer eso… Está en un tren, lo atraparán. No tiene salvación… Es mejor que se esté quietecito y se vaya a la cama. Hace una noche muy mala. Fuera llueve. Si quiere, yo mismo le pondré el embozo, le contaré una historia y se dormirá como un bendito.

Estaba aturdiendo al asesino y lo notó en la forma en que sus ojos bailaban en las órbitas. Pero Jules reaccionó.

—Silencio y abra esa puerta.

—¿Qué?

—He dicho que abra esa puerta, ¿o es que ha pensado que soy imbécil? No lo voy a matar con la pistola, a menos que usted lo haga necesario.

—¿Y qué va a hacer?

—¿No lo adivina?

Jean miró por los cristales de la portezuela.

El tren corría a una velocidad por encima de los cien kilómetros por hora. Si daba el salto tendrían que recoger sus trozos en un pañuelo.

—Oiga, me voy a estropear mucho, y mi madre me dice que soy muy guapo. Usted no querrá darle este disgusto a mi madre.

—Basta de decir estupideces, señor Lefranc. Abra esa portezuela. Si a la de tres no lo ha hecho, disparo sobre usted.

—No se preocupe. En seguida la abro.

Jean terminó de abrir la puerta y una racha de aire frío le azotó la cara.

—A que pillo otra pulmonía —dijo moviendo la cabeza—. Y usted va a tener la culpa.

—A saltar.

Jean se frotó las manos.

—Oiga, se me ha puesto la carne de gallina.

—Ahora se calentará —dijo el asesino y le gustó su ingeniosidad porque se echó a reír.

—Se me ocurre una idea —sugirió Jean.

—Ya basta de ideas.

—Sólo quería ir al compartimento de la señorita Moreau. La traemos aquí y entre los dos nos la cargamos. ¿A que eso sí le gusta? Tengo que decirle algo en confianza. De pequeño yo mataba a todas las hormigas. No dejaba ni una en el agujero. ¿Y qué le digo de las ranas? Les ataba una cuerda y las atormentaba. Soy un asesino de lo peor…

¿Seguro que usted no hacía eso de pequeño?

Los ojos de aquel hombre brillaron como enloquecidos.

—Conque no, ¿eh…? Yo me cargué a doce personas a los siete años.

—No me diga, cuente, cuente…

—Le pegué fuego a la casa donde yo estaba.

—Y los asó a todos.

—Sí.

—Qué monos debieron quedar asaditos… Lástima que no lo conociese entonces. Lo hubiese ayudado. —Jean le pegó una palmadita en la espalda—. Anda, muchacho. Vayamos a contárselo a alguien para que disfrutemos más… Qué par de tipos somos usted y yo.

La sonrisa desapareció de la boca de Jules y con un movimiento rápido le apoyó la pistola en el estómago.

—Una palabra más y disparo.

—No, ahí no, que comí hace poco y estoy haciendo la digestión.

—Vamos, salte de una vez.

—Pero, hombre, ¿qué perra ha cogido? ¿Por qué ha de ser con un saltito?

—Eso o la pistola.

—El saltito.

El asesino empujó a Jean hacia la portezuela.

Jean dijo para sus adentros que era un hombre con muy mala suerte. En todo el rato no había pasado nadie por allí. A la humanidad no le interesaba que él muriese o siguiese viviendo. Después de todo, era él un insignificante ser entre miles de millones. Adiós, mamá.

La vida tenía cosas muy curiosas. Había empezado a amar.

Sí, aquella noche iba a ser inolvidable por todos los conceptos. Por fin había encontrado a la mujer con la que hubiese deseado casarse, tener un hogar, unos hijos…

Y lo que había tenido era un asesino.

El hombre de los guantes negros le apretaba la pistola en la espalda.

—Ahora, muchacho.

—Espere un poco, ¿por qué tanta prisa…? ¿No ve que corre mucho el tren? El sádico criminal rió en su cogote.

—Sí, corre mucho, como a mí me conviene.

—Pero a mí no me conviene. Va lo menos a ciento cincuenta… Espere a que lleguemos a una curva…

—No hay más espera… ¡Salte!

—Cuente a la de tres.

—Está bien, contaré.

—Uno, dos…

—No, hombre, tan aprisa no. Empiece otra vez. El asesino hizo rechinar los dientes.

—Ya me cansé. Una, dos y tres…

Al tiempo que así decía el asesino se echó hacia atrás y cargó sobre Jean.

Éste pegó un salto hacia el rincón, el asesino pasó por su lado casi rozándole y se fue por el vacío. Quiso frenar, pero llevaba demasiado impulso y fue tragado por la boca de la hambrienta noche.

CAPÍTULO IX

Jean se apoyó en la pared, a su espalda. Estaba sudando como un condenado del infierno. ¿Y no era eso? ¿No había escapado del infierno? La portezuela estaba abierta y miró fuera.

Ahora agradeció el aire fresco.

Cerró la portezuela y de pronto se echó a reír. Ya no había por qué ir en busca de la policía porque el asesino no estaba en el tren.

Llegó ante la puerta de Dominique y dio un golpecito. Al otro lado no se oyó nada.

Dio otro golpe.

—Dominique, abre…

—¿Quién es usted?

—Jean.

—No, no es Jean. Es el asesino…

—¿Es que no reconoces mi voz?

—Está usted imitando la voz de Jean. Jean recordó que había olvidado la señal.

Dio los tres golpes y a continuación repiqueteó.

—Abre, Dominique, ahora he hecho la señal…

—No, no es Jean…

—Claro que lo soy.

—Usted es Jules, ha matado a Jean, pero antes de hacerlo lo obligó a que le diese la señal convenida.

—Dominique, te juro que soy yo… Abre un poquito y mira por el resquicio.

Esperó unos segundos y al fin la puerta fue abierta. Por la abertura vio los grandes ojos de Dominique.

—¿Y la policía? —preguntó la joven.

—Ya no hace falta —contestó Jean entrando en el

compartimento.

—¿Qué quieres decir?

—El asesino se fue del tren.

—¿Cómo se pudo ir si el tren no ha parado?

—Seguramente Jules tenía mucha prisa y se olvidó de tirar del timbre de alarma.

—No estoy para bromas.

—Está bien, querida, Jules me quiso matar.

—Oh, no…

—Sí, Dominique, con una pistola trató de hacerme saltar del tren. Pero fue él quien saltó.

—Dios mío… Estará muerto…

—Eh, no irás a decir que lo sientes. Era un criminal. Recuerda sus poemas.

—Sí, desde luego, eran de muy mal gusto, pero hemos adelantado muy poco.

Jean se acercó a la joven y la tomó por los brazos. Luego, con mucha naturalidad, la besó en la boca.

Dominique se dejó besar.

Pero enseguida apartó la cara y parpadeó.

—¿Acaso no me merezco este beso? —dijo Jean.

—Eres un tipo muy raro.

—¿Por qué?

—Por tu forma de reaccionar ante el peligro. Me besaste demasiado y ahora debo recordarte que ya pasó el peligro.

—Lo voy a sentir mucho.

—Oh, no —dijo ella mientras se le agrandaban los ojos. Jean la apretó contra sí y la besó con fuerza.

Dominique echó la cabeza hacia atrás.

—Y ahora, ¿por qué me besas?

—Vi tu cara aterrorizada y creí que estabas viendo otra mano en el hueco de la puerta.

—La puerta está cerrada. Pero es cierto que estoy aterrorizada. No hemos caído en el detalle más importante.

—¿Cuál?

—Que ese hombre, el poeta loco, era sólo un asesino a sueldo.

—¿Otra vez con eso?

—Te aseguro que él me lo dijo. Alguien le pagó para que me

matase.

—¿Quién?

—¿Y yo qué sé?

—¿Estás segura de no equivocarte?

—Claro que estoy segura.

—Dominique. Ese hombre me dio la impresión de ser un perturbado. Quiero decir que te atacó como hubiera podido elegir otra víctima. Y si él te dijo lo contrario, fue por añadirle un poco más de pimienta a su crimen.

—Me gustaría opinar lo mismo que tú. —Dominique se había quedado pensativa.

—¿Qué es lo que te va por la cabeza?

—Nada.

—Has recordado alguna cosa.

—Oye, Jean, te estoy muy agradecida por lo que has hecho por mí, pero ahora quisiera descansar… Anda, pórtate como un buen muchacho y vuelve a tu compartimiento. Tú también necesitas dormir.

Jean exhaló el aire de sus pulmones.

—Creo que perdí el sueño.

—Toma un par de tus comprimidos.

—No, no quiero dormir. Prefiero pensar que estás tú aquí.

—Eres un chico muy simpático.

—No te lo parecí cuando me conociste.

—Pero ahora he cambiado de opinión.

Dominique tomó a Jean por el brazo y lo empujó suavemente hacia la puerta. Sin embargo, Jean se detuvo y se volvió otra vez hacia Dominique.

—Dominique, apenas sé algo de ti…

—Mañana tendremos tiempo de hablar. Yo también sé muy poco de ti, Jean.

—Entonces, desayunaremos juntos y tendremos oportunidad de conocernos mejor.

—Es una magnífica idea.

—Te llamaré temprano. Quiero hablar contigo al menos un par de horas antes de que lleguemos a París.

—Trato hecho.

Él se inclinó para besarla, pero ella le puso un dedo en la boca.

—Jean, no empieces otra vez o no acabaremos.

—Eso es lo que me gustaría, no acabar. Ella lo empujó con habilidad al corredor.

Entonces, cerró la puerta y, apoyándose en ella cruzó los brazos.

Sí, Jean había acertado. Recordaba algo y quizá eso tuviese que ver con el patrón del asesino poeta.

CAPÍTULO X

Armand Ettori entró en el *living.*

Apenas cojeaba de la pierna derecha.

Raoul se levantó del sillón desde el que veía un programa de la TV.

—Buenas noches, señor Ettori —dijo con un ligero trémolo en la voz.

Armand Ettori se dirigió al aparato de TV y con un gesto rabioso hizo girar un botón. Un segundo después la imagen desapareció de la pantalla.

—¿Sabes qué hora es, Raoul?

—Sí, señor.

—¡Dilo!

Raoul consultó su reloj.

—Son las dos menos veinte de la madrugada.

—Estupendo, celebro que tu reloj esté sincronizado con el mío. Acabo de dejar a Mylene. He estado cenando con ella, pero no me ha llegado tu aviso…

—Lo siento, jefe, pero no recibí noticias de Jules.

—Conque no, ¿eh…? ¿Y por qué? Dime por qué ese imbécil no te ha informado de que Dominique Moreau está ya muerta.

—No lo sé.

—Yo sí lo sé, Raoul. Si él no se ha puesto en contacto contigo para informarte de la muerte de la chica, es porque ella está viva aún.

—No es necesario que haya pasado esto.

—Miren al hombre listo, al hombre de las grandes ideas. Dime, Raoul, ¿qué se te ocurre para justificar el silencio de Jules?

—Jules es un tipo algo especial.

—¿En qué sentido especial?

—En todo, ya se lo dije. Le gusta hacer poesías a sus víctimas.

—¿Cómo?

—Pero nunca falla, señor Ettori.

Los ojos de Armand Ettori se habían convertido en dos grietas de las que salían llamas.

—¿Ésa es la clase de hombre que te buscaste para acabar con Dominique Moreau? ¿Un tipo que hace poesías?

—Jules tiene una buena hoja de servicios, señor Ettori. Nunca ha fallado.

—Merecía que te estrangulase por esto.

—Le repito que debe confiar en Jules y en mí…

En aquel momento se puso a sonar el timbre del teléfono.

—Con permiso. —Dijo Raoul y atrapó el auricular—. ¿Sí…? ¿Cómo…? —El rostro de Raoul se fue demudando poco a poco—. No lo puedo creer… Maldito seas. Vete al infierno. Ojalá te pudras.

Colgó de un golpe y miró a Ettori mientras se pasaba la lengua por los labios.

—Habla de una vez, ¿qué pasa? —Ladró Ettori.

—Era Jules.

—Vaya, te dijo que podríamos descansar. —Ettori lo dijo con ironía.

—No, señor.

—¿Y para qué te llamó, entonces?

—Está en el hospital.

—¿En el hospital…?

—Se cayó del tren. No se mató de milagro… Pero tiene un brazo y varias costillas rotas.

Por suerte para él fue a parar a una carretera y lo recogieron unos automovilistas.

—Oh, sí, qué suerte para nosotros, Jules tuvo tiempo para liquidar a la chica.

—No, señor —repuso Raoul con un hilillo de voz.

—¿No…? ¿Y por qué no?

—Le ocurrió el accidente antes de que pudiese acabar con la chica. Ettori hizo rechinar los dientes.

—Hubo un entrometido —agregó apresuradamente Raoul.

—¿Un entrometido? ¿Quién?

—Un viajero… Se llamaba Jean Lefranc. Tuvo la culpa de que Jules no pudiese hacer su trabajo.

—De modo que la chica continúa viva.

—Sí, señor.

—Y está viajando a París.

—Eso es.

—Y ya nadie se va a ocupar de ella hasta que llegue a la capital.

—Nunca pude imaginar que Jules saltase del tren.

—Tú no imaginaste muchas cosas.

—Lo siento.

—¿Lo sientes?

—Es la verdad, tengo tanto interés como usted en que esa chica no llegue viva a París.

—Pero lo cierto es que llegará viva.

—Lo arreglaremos.

—¿Y de qué forma lo vamos a arreglar, Raoul? Acabas de decir que en el tren sólo estaba Jules para acabar con la chica y ahora tenemos a Jules en un hospital… ¿O me vas a informar que Jules envenenó a la muchacha antes de saltar del tren?

—No, no la envenenó. Me estaba refiriendo a que la mataremos a su llegada, en la estación.

—Qué gran tipo eres tú. Habrá centenares de personas allí, mucha gente que podría testimoniar.

—Pensaré algo. Le dije que yo me encargaba de hacer desaparecer a esa muchacha y lo cumpliré.

—No sé si confiar en ti.

—Debe hacerlo.

—¿Por qué razón?

—Me prometió un treinta por ciento de lo que saquemos y quiero ganármelo.

—Tendrás que correr mucho.

—La estación está a sólo veinte minutos de aquí.

—No quería hacer un chiste, Raoul, pero ya qué pides una oportunidad, la tendrás.

—Gracias.

—Pero será la última.

—Me hago cargo.

—Quiero ver al prisionero.

—Está la mar de tranquilo. La última vez que lo vi estaba dormido.

—Eso es lo que tú dices. ¿Quién me asegura que no ha escapado? Los dos hombres pasaron a un dormitorio.

Un hombre estaba tendido en la cama. Frisaba en los cincuenta años de edad y era ancho de tórax y frente abombada.

Al oír ruido se incorporó.

—Buenas noches, doctor —saludó Ettori con una sonrisa.

—Estaba deseando verlo.

—Pues ya me tiene aquí.

—Está cometiendo un delito, señor Ettori. Me tiene secuestrado.

—Oh, no diga eso, doctor Moreau. Recuerde mi viaje a Marsella. Le invité a que pasase unos días en mi casa y usted aceptó mi invitación… Eso es lo único que ha ocurrido. Yo soy el anfitrión y usted el huésped.

—Es un cínico, señor Ettori… Yo caí en la trampa que me tendió. Vine aquí como huésped.

—Gracias por reconocerlo.

—Pero ahora estoy secuestrado. Ettori sonrió con benevolencia.

—No diga eso, señor Moreau. Tiene todo lo que usted puede desear… Un bar ahí fuera del que puede pedir cualquier cosa.

—No me gusta el alcohol.

—Un aparato de TV donde puede ver su programa favorito.

—Jamás veo televisión…

—Una radio para escuchar los boletines de noticias.

—Es lo único que he oído.

—Vaya, por fin hice algo de su gusto.

—¿Por qué no me deja en libertad…? Quiero marcharme, señor Ettori.

—Eso sí que no puedo hacerlo.

—¿Por qué no?

—Usted lo sabe bien. Ha de darme la fórmula.

—Nunca la tendrá.

—Doctor Moreau, le he prometido que compartiré con usted los beneficios de su invento…

—Es usted muy generoso, pero rechazo su oferta.

—¿No comprende que su invento necesita un gran capital para ponerlo en práctica?

—Se equivoca. No hay necesidad de un gran capital. Es precisamente lo que lo diferencia de todos los inventos similares. Puedo transformar el agua de mar en agua dulce con una mínima inversión. Mi descubrimiento pertenece a la humanidad, no a una entidad cualquiera. Ni siquiera me pertenece a mí.

—Pero ¿qué clase de estúpido es usted, doctor Moreau…? ¿Cómo quiere dar a la humanidad su agua a cambio de nada…?

—Sólo pensaba en el prójimo cuando hacía mis experimentos.

—Oh, sí, eso es digno de alabanza. Pensaba en el prójimo. Estoy de acuerdo con usted.

El prójimo es algo muy importante. Todos somos hermanos, nos debemos ayudar… Pero ¿sabe una cosa, doctor Moreau…? Hay quién dice que vivimos en la selva… Sí, en la selva, como hace cinco mil años o diez mil… Cada uno de nosotros es una fiera que se apresura a arrebatar el trozo de carne a la otra fiera que está más próxima.

—No comparto sus ideas.

—Está fuera de toda duda que no las comparte y me duele mucho… Pero quiero su invento. ¿Lo oye bien? ¡Quiero su fórmula!

—Ya le he dicho que no la tendrá.

—Conozco su juego, doctor Moreau… Recuerde que le hice hablar mediante un lavado de cerebro… Usted se dispone a regalar su fórmula al Instituto Francés de Oceanografía…

—Es usted un miserable.

—Y tomó sus precauciones por si se le perdía la fórmula o se le adelantaba alguien. Al fin y al cabo, muchas personas están enteradas de sus experimentos, aunque muy pocas están informadas de su éxito. Por fortuna para mí, yo soy una de ellas… Pero también hay otra persona que está al corriente. Su sobrina.

Capítulo XI

La cara del doctor Moreau empalideció.

—¿Qué han hecho con Dominique?

—Nada.

—¡Canalla…! Dígame la verdad, ¿qué han hecho con Dominique?

—No se preocupe, doctor. Dominique viaja en este momento hacia París y mañana a primera hora llegará a nuestra capital. Ella trae la fórmula que usted quiere presentar al Instituto de Oceanografía.

—Mentira.

—Usted lo confesó bajo los efectos de nuestros mágicos comprimidos, doctor Moreau. Usted le entregó a su sobrina un sobre cerrado, y le dijo dónde lo debía depositar. Pero ocurre algo importante; no le explicó a su sobrina la trascendencia del contenido de ese sobre.

El doctor Moreau se pasó una mano por la cara.

—¿Cómo se puede decir eso? ¿Cómo…?

—La química, doctor. Usted lo sabe bien. Nuestra civilización ha avanzado mucho en los últimos años. Ya no es posible guardar un secreto y no hace falta emplear medios duros para que un hombre diga lo que lleva dentro… Una pildoritas y, pasado un tiempo determinado, la persona que la ha ingerido está dispuesta a contar la historia de su vida… Hermoso, ¿verdad, doctor Moreau?

—¿Cómo puede ser tan ruin?

—Doctor Moreau, soy una persona que tiene los pies en la tierra. Todo lo contrario de usted, que vive en una nube. Su invento es portentoso. Sabemos que muchos sabios trabajan en lo mismo que usted; tratan de convertir el agua salada en potable y se han

descubierto varios procedimientos que son inteligentes. Pero tienen un gran defecto: resultan demasiado costosos. Sí, doctor Moreau, he ahí la diferencia… Usted, en cambio, ha logrado convertir un litro de agua de mar en un litro de agua dulce sin ninguna pérdida, y por un coste insignificante, que no llega siquiera a un centavo… Debo felicitarle. Pero, asimismo, he de impedir cometa un error.

—No cometo ningún error. Sé lo que hago.

—Usted puede ser multimillonario, doctor Moreau… ¿Ha oído la palabra?

Multimillonario.

—No me interesa.

—Oh, sí, claro, no le interesa. A usted sólo le interesa el prójimo.

—Eso es.

—Qué pena… ¿Sabe usted las cosas que podía tener…? Coches, *bungalows* en cualquier parte del mundo para pasar temporadas de descanso, un inmenso laboratorio para poder continuar sus experimentos… Y muchas mujeres, todas las que quisiese, las más hermosas, las más atractivas…

—No continúe, señor Ettori, ya le he dicho que no me interesa su oferta. Ettori borró la sonrisa de los labios.

—Entonces, le voy a enseñar el revés de la moneda.

—¿Qué quiere decir?

—Le voy a enseñar lo que va a perder por su estúpida actitud.

—Ya sé lo que voy a perder, todo lo que ha dicho, las casas, los coches, el inmenso laboratorio y las mujeres.

—Va a perder algo más, doctor Moreau.

—¿A qué se refiere?

—A su sobrina.

—¡No!

—No quise decírselo, doctor Moreau, pero Dominique no va a llegar viva a París.

—¿Qué ha hecho con ella, asesino?

—Todavía nada, pero no fue culpa mía.

—¿Qué quiere insinuar?

—Lo que le he dicho. Su sobrina Dominique morirá.

—No será capaz de cometer ese crimen.

—¿Está seguro de que no? —Volvió a sonreír Ettori. De repente,

el doctor Moreau se arrojó sobre él.

Ettori no pudo apartarse y Moreau lo atrapó por el cuello. Los dos cayeron al suelo.

El doctor Moreau estaba estrangulando a Ettori. Parecía ser víctima de un ataque de locura.

Raoul Carpentier sacó una pistola y pegó un tremendo golpe en la cabeza del doctor Moreau.

El científico perdió el conocimiento y rodó quedando boca arriba, sobre la alfombra. Ettori se levantó resoplando.

Pegó un puntapié al desvanecido.

—Maldito, por poco me mata… Échale agua a la cara, quiero hablar con él…

—Sí, señor.

Raoul guardó la pistola y atrapó un jarrón con flores. Después de quitar éstas, arrogó el agua sobre la cabeza del doctor Moreau.

Éste volvió en sí.

—Levántese, doctor —ordenó Ettori.

Moreau se levantó trastabillando. Buscó el apoyo de la cama y se sentó en el borde. Ettori le apuntó con el índice de la mano derecha.

—Mataremos a su sobrina cuando llegue a la estación…

—¡No!

—Sólo usted puede salvarla.

—¿De qué forma?

—Usted lo sabe bien, dándonos la fórmula. Entonces ya no tendremos ningún interés en su sobrina.

—¿Promete dejarla en paz?

—Prometido.

—Estoy conforme. Ettori volvió a sonreír.

—Bravo, doctor, me alegra mucho que esté dispuesto a colaborar.

—No colaboro por mi propia voluntad, sino porque usted me coacciona.

—Eso a mí no me importa, doctor Moreau… ¿Cuándo tendrá la fórmula?

—Invertiré toda la noche.

—¿Por qué toda la noche?

—La fórmula es complicada.

—Creo que pretende engañamos.

—Le juro que no. Jugaré limpio con ustedes porque se trata de la vida de mi sobrina y ella no es culpable de nada.

Armand Ettori se tomó unos segundos para pensarlo, y finalmente, sacudió la cabeza en sentido afirmativo.

—Está bien, doctor Moreau, vendré aquí a las siete de la mañana. Tiene muchas horas y podrá tener lista la fórmula.

—No se preocupe, Ettori. Le he dicho que cumpliré.

—Nosotros también. Si me da lo que quiero, no me importa que su sobrina viva… Ahora, póngase a trabajar… ¿Necesita papel o alguna otra cosa?

—Traje en mi maleta lo necesario. Sólo quiero que me dejen solo.

—No se preocupe, doctor. Tendrá toda la tranquilidad que necesita. Vamos, Raoul. Ettori y Raoul salieron de la habitación y éste dio vuelta a la llave.

Ettori fue al mueble bar y preparó dos *whiskys*. Entregó uno a Raoul, el cual brindó sonriente:

—Por nuestro éxito.

—Si, Raoul, por nuestro éxito, que se debe enteramente a mí.

—Yo también he hecho algo.

—Hasta ahora muy poco.

—Le hice el lavado de cerebro al doctor Moreau.

—Eso podría haberlo hecho yo sin ningún riesgo. Pero, de todas formas, creo que te vas a ganar tu tanto por ciento puesto que a tu cargo corre ahora lo más importante. Matar a Dominique Moreau.

Raoul arrugó el ceño.

—Pero usted ha dicho ahí dentro…

—Eres un pobre imbécil, Raoul… Anda, dime qué dije ahí dentro… ¿Qué Dominique Moreau no moriría…? ¿Crees que podemos dejarla con vida…? Pero ¿qué clase de idiota eres tú…? La chica lleva la fórmula y mañana si la dejamos, la entregará al Instituto de Oceanografía.

—Sí, tiene razón.

—¿Has comprendido lo demás…? Nosotros no seríamos exclusivistas del procedimiento inventado por el doctor Moreau… Es tan simple que me asombra no lo hayas comprendido… Tendremos el invento del doctor Moreau, pero no admitiremos ningún competidor, y por eso la muchacha tiene que morir. Pero no

se la puede matar en la estación. Hemos de esperar a que recoja su equipaje, secuestrarla y arrancarle la fórmula. Sólo cuando tengamos ese sobre, la chica desaparecerá. Jules tenía la orden de matar a la chica y de arrebatarle el sobre, pero Jules falló. Ahora hemos de procurar que la persona que se encargue de eso no vuelva a fallar.

—Tengo a los hombres que necesitamos. Esta vez serán tres y no uno. Podrán llevar a cabo el secuestro con toda tranquilidad. Son buenos profesionales.

—¿Cómo Jules?

—Por favor, no me recuerde a Jules. Esos tres tipos se apoderarán de Dominique en la misma estación y la llevarán al campo…

CAPÍTULO XII

Dominique y Jean estaban desayunando en el tren.

—Estás más atractiva que nunca —dijo Jean—. Y eso quiere decir que descansaste bien.

—¿Te das cuenta de lo que acabas de decir, Jean?

—¿Qué importancia tiene?

—Acabas de decir que estoy más atractiva que nunca, cuando ayer, a estas horas, no nos conocíamos.

Jean esbozó una sonrisa.

—Pues es verdad. Demonios, estaría dispuesto a jurar que te conozco desde hace años.

—A mí me ocurre algo parecido.

—Yo sé lo que es eso, Dominique.

—¿El qué?

—Amor.

—Oh, no… No puedo estar enamorada de ti.

—¿Por qué no, si mi madre dice que soy la mar de atractivo para las mujeres?

—No me refiero a eso, sino a que prometí no enamorarme más.

—Ya sé… Tuviste una decepción. ¿Quién fue el miserable?

—No tiene importancia.

—Cuéntamelo.

—Está bien, me enamoré de un hombre. Nos íbamos a casar, pero, de pronto, me descubrió la verdad.

—Estaba casado.

—¿Cómo lo sabes?

—Tal como lo estabas contando era lo inevitable, porque no puedo imaginar que un hombre soltero se enamore de ti y no se case. Era fácil dar con la solución…

Pero en lo que respecta a mí, no tiene que preocuparte. Mírame la mano, no llevo anillo de casado.

—Tampoco él lo llevaba.

—En tal caso vas a telefonear a mi madre… No, a mi madre no, porque siempre estaría de mi parte. Acude a una oficina de investigadores privados, yo mismo pagaré los honorarios, ¿qué te parece?

Ella se echó a reír.

—Eres maravilloso, Jean.

—¿De veras te lo parezco?

—Sí, Jean, creo que no he conocido a un hombre tan bueno como tú.

—Eh, no consiento que me digan eso… quiero decir a una mujer. Sólo se lo consiento a mamá.

Dominique miró por la ventanilla.

—Jean, ha pasado el tiempo muy aprisa… Estamos llegando a París.

—Caramba, es verdad… ¿Dónde te vas a alojar?

—En el hotel Imperial, ¿y tú?

—El Mandrágora. Te telefonearé en cuanto llegue. ¿De acuerdo, Dominique…?

—Está bien.

Poco después el tren llegaba a la estación.

Jean sentía separarse de Dominique aunque se decía que muy pronto estaría otra vez con ella.

Bajaron al andén.

—Eh, Dominique, se me ha ocurrido que podríamos casamos.

—¿Qué?

—Llamaré a mi madre desde el hotel. Estoy seguro de que ella se va a poner muy contenta.

—Todavía no, Jean, ya hablaremos de eso luego.

Un hombre tomó las maletas de Dominique. Tenía cejas espesas y nariz chata.

—¿Taxi, señorita?

—Sí, desde luego.

El hombre chato empezó a alejarse con las maletas. Jean tomó la mano de Dominique.

—Te voy a echar de menos hasta que esté otra vez a tu lado.

—Yo también, Jean…

—Si te encuentras en el hotel con un poeta, dímelo enseguida y acudiré como si me hubiesen crecido alas.

—No me nombres a los poetas… Eh, mi mozo se marcha… Plasta luego.

El mozo le había sacado mucha ventaja y tuvo que darse mucha prisa para alcanzarlo. Ya había conseguido taxi.

Dominique dio una propina al mozo, después que éste dejó las maletas en el portaequipajes. Después ella entró.

El taxi se puso en marcha.

En la misma salida de la estación, el auto se detuvo.

—¿Qué le pasa, taxista? ¿Por qué no sigue?

Se abrió la portezuela de la derecha y entró un hombre. Luego, se abrió la de la izquierda y entró otro hombre.

Dominique quedó perpleja al ver que se sentaban a su lado.

—Eh, ¿qué significa esto…? Este taxi está ocupado. ¿Es que no tienen ojos en la cara…? El hombre de la derecha era un tipo de facciones alargadas, ojos muy juntos y nariz aquilina.

—Eh, Félix —dijo—, mira qué muñeca tan linda nos encontramos.

Dominique miró al llamado Félix. Era un sujeto con mofletes, ojos verdosos y labio inferior colgante.

—Sí, Roger, es una muñeca de categoría. Sabe hablar y apuesto a que también anda. Dominique estaba perpleja. El taxi había reemprendido la carrera.

Golpeó los cristales.

—Eh, párese… Se han colado dos hombres. Vio que el taxista ni volvía la cabeza.

Una mano la atrapó por el brazo y la atrajo violentamente sobre el respaldo. Era Roger, el de las facciones alargadas.

—Muñeca, te vas a estar quietecita. A Félix y a mí no nos gustan los escándalos.

—No, no nos gustan —asintió Félix. Dominique parpadeó confusa.

—Pero ¿qué quieren…? ¿Por qué han entrado en mi taxi?

—Dulzura —sonrió Félix—. ¿No crees que son demasiadas preguntas para tan poco tiempo…? Descansa entre una y otra y las podremos contestar debidamente.

—Van a salir de aquí ahora mismo.

—No podemos —contestó Roger.

—¿Por qué no?

—Porque éste es nuestro taxi…

—Se equivoca, es el mío… El mozo de las maletas me lo eligió… Son ustedes unos usurpadores.

—Calma, pequeña, calma —repuso Félix—. Todo se arregla en este mundo. Si tú dices que este taxi es tuyo, no hay por qué discutir.

—Es usted muy amable. Ahora salgan…

—Estaba pensando que, después de todo, no hace falta que salgamos porque quizá llevamos el mismo camino…

—Yo voy al hotel Imperial. ¿Y ustedes?

—Por ahí.

—¿Qué quiere decir por ahí?

—Cerca del hotel Imperial.

—No lo creo.

—Cariño, ¿por qué eres tan escéptica…? Si yo te digo que vamos cerca de donde tú vas, tienes que admitirlo.

Dominique entornó los ojos. Empezaba a comprender. Los dos tipos, Félix y Roger, no se habían metido casualmente en el taxi. Todo obedecía a un plan.

Sintió un escalofrío al recordar los sucesos del tren. El asesino poeta había fallado pero habló de un patrón. Al fallar Jules, aquel patrón había contratado a otros hombres para que llevasen a cabo el trabajo.

La noche anterior, cuando Jean salió de su compartimiento, pensó en el sobre que le había entregado su tío Gustave para que ella lo depositase en el Instituto Francés de Oceanografía.

Naturalmente, no sabía lo que encerraba aquel sobre, pero antes de dormirse recordó la clase de experimentos que realizaba su tío Gustave. Desde hacía más de diez años estaba dedicado a convertir el agua del mar en agua potable por un procedimiento económico.

¿Significaba lo de Jules y aquellos dos hombres de ahora que su tío Gustave había logrado al fin su propósito y lo que encerraba el sobreara la fórmula?

Lógicamente, cabía pensar en ello. Sí, debía ser la solución del problema. Los hombres que viajaban en el taxi estaban empeñados

en quitarle el sobre y, lo que era peor, en quitarle la vida.

Dominique se relajó en el asiento. No ganaba nada con histerismos.

CAPÍTULO XIII

Suponiendo que no se equivocase, y estaba dispuesta a jurar que no, tenía que confiar a los dos tipos. Bueno, no eran dos, sino tres, porque el taxista debía estar en combinación con los truhanes.

—Eh, éste no es el camino del hotel Imperial —dijo y al instante se mordió el labio porque ya lo había estropeado.

Félix miró también por la ventanilla y, como él también estuviese sorprendido por la dirección que llevaba el taxi, dijo:

—Caramba, es verdad… ¿Qué dices tú, Roger?

—Seguro que el taxista ha pensado acortar camino y el que sigue es el mejor para ello. Félix se encogió de hombros.

—Bueno. Si el taxista nos lleva por aquí, sus razones tendrá. Dominique oyó su voz interior:

«Sí, Dominique, el taxista tiene sus razones porque está en combinación con ellos. Me van a llevar a un lugar solitario o a alguna casa y luego, ya lo sabes, cuchillada al cuello. O quizá ellos no sean poetas y utilicen otro medio para matar. Pueden ahogarte en una bañera, colgarte de una lámpara, o trocearte con un hacha».

Al llegar a ese punto de su soliloquio, lanzó un grito.

—¿Qué te pasa, muñeca? —exclamó Roger—. ¿Te ha picado una avispa…?

—No, de pronto recordé que se me olvidó algo.

—¿Qué cosa…?

—Debía encontrarme con un amigo al pie de la Torre Eiffel. Será mejor que me baje y tome otro taxi. Ustedes pueden continuar.

Dominique se levantó para golpear otra vez el cristal de separación, pero Roger la tomó por el brazo.

—Eh, oiga; me está haciendo daño en el brazo.

—Te haré más daño si no te estás quieta…

—Pero ¿qué diablos quieren…?

—No puedes dejarnos solos a Félix y a mí.

—¿Por qué no?

—Ya nos hemos acostumbrado a tu compañía.

—Será fácil que me olviden.

—Eso es lo que tú crees.

—Hay muchas mujeres por ahí.

—Pero ninguna es como tú, ¿verdad, Félix…?

—En cuanto te vi en la fotografía te di la máxima puntuación.

—¿Usted me vio en fotografía, Félix?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Hace unas horas.

Dominique gimió para sus adentros. No se había equivocado. Todo estaba tan claro como el agua.

—¿Quién le enseñó mi fotografía, Félix?

—Un hombre.

—¿Cómo se llama él?

—Eso no hace falta que lo sepas.

—Sólo era para darle las gracias por haber elegido a dos sujetos como ustedes para que me diesen la bienvenida a mi llegada a París.

—Eres muy irónica, nena. Dominique respiró profundamente.

—¿Me quieren decir lo que quieren?

—Él sobre —contestó Roger.

—¿A qué sobre se refieren?

—Al que te dio tu tío Gustave.

—¿Pero qué hay en el sobre que tanto les interesa?

—Tú no te preocupes por eso. Nos das el sobre y se acabó.

—¿Quiere decir que me dejarán en libertad?

—Claro que sí. Tú nos das el sobre y nosotros te dejamos continuar tu viaje hacia el hotel.

Dominique estaba segura de que aquel hombre no decía la verdad. No la dejarían escapar con vida. Pero preferían que les diese el sobre para no perder tiempo en buscarlo.

—Está en la maleta.

—¿Cuál de ellas?

—La pequeña.

No era verdad. Había guardado el sobre en el bolso de mano que descansaba ahora en sus rodillas.

Roger sacó una llave con la que golpeó el cristal.

Ahora el taxista volvió la cabeza y Roger le hizo una señal.

Dominique sintió que el corazón le golpeaba fuertemente en las costillas. ¿Qué iba a pasar ahora?

Estaban en un barrio residencial, un lugar donde había muy pocas casas con mucho arbolado.

El taxista metió el auto en un estrecho camino flanqueado por setos, y luego por un terreno cubierto de hierba.

Estaban en un pequeño bosque. El vehículo se detuvo.

—¿Por qué nos paramos aquí? —preguntó Dominique.

Félix le sonrió enseñando una funda de oro en la encía superior.

—Has dicho que guardas el sobre en la maleta pequeña. Queremos verlo para su comprobación. Pero no hace falta que tú y yo nos movamos. Roger se ocupará de eso.

Roger abrió la portezuela de su lado y salió.

El taxista también descendió del auto y encendió un cigarrillo. Miró el paisaje como si todo lo que ocurría no tuviese el menor interés para él.

Dominique oyó un golpe detrás. Se imaginó a Roger buscando en la maleta. Naturalmente, no encontraría el sobre.

—Estás un poco nerviosa —sonrió Félix.

—Claro que lo estoy.

—¿Por qué, si no te vamos a hacer daño? Roger y yo somos un par de buenos chicos.

¿No te lo hemos dicho? Nos gustan las muñecas como tú.

—A mí no me gustan los tipos como ustedes.

En aquel momento Roger apareció en el hueco de la portezuela.

Sus ojos parecían no tener vida cuando se fijaron en el rostro de Dominique. La joven sintió un nuevo estremecimiento.

—¿Qué pasa, Roger? —preguntó Félix.

—Nos la dio con queso. El sobre no está en la maleta pequeña. Félix chasqueó la lengua y también miró a Dominique.

—Nena, ¿qué tienes que decir a eso?

—No lo comprendo.

—¿Qué es lo que no comprendes?

—El sobre tenía que estar en la maleta pequeña. Yo misma lo

puse allí.

Roger le sonrió enseñándole unos dientes tan cortantes como los de un lobo carnicero.

—No está en la maleta. Seguramente tuviste un bache de memoria. Quizá lo pusiste en otra parte.

—Oh, no, estoy segura de haberlo puesto en el lugar donde les he dicho —de pronto hizo chasquear los dedos—. Ya lo tengo.

—¿Qué es lo que tienes?

—Sé lo que pasó con el sobre.

—Ah, sí, ¿y qué es lo que pasó?

—Me lo quitaron.

—Vaya…

—Me lo quitó ese hombre.

—¿De quién hablas?

—De mi vecino de compartimiento.

Los dos hombres se miraron y Roger dijo:

—Se refiere a Jean Lefranc. Dominique se quedó asombrada.

—¿Cómo saben el nombre de mi vecino de compartimiento?

—Nosotros sabemos muchas cosas. Nos informamos muy bien antes de aceptar un trabajo. Ese Lefranc se hizo muy amiguito tuyo la noche pasada, mientras viajabas en ese tren.

—Pero yo nunca pude imaginar que se hacía amigo mío para robarme… Pobre tío Gustave. Me dio el sobre a guardar y me lo robaron…

—¿Dónde se aloja tu amiguito…? —preguntó Félix.

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes?

—Le digo que no lo sé.

—Mientes, muñeca, y eso no está bien Estábamos en la estación cuando te despedías de Lefranc… Vimos sus ojos de pez cocido que se interesaban por ti y cuando un hombre se interesa por una mujer como tú, lo hace en grande. Te debió decir cuál es su hotel porque el muchacho quiere ligar contigo. Eso saltaba a la vista al veros tan felices y sonrientes.

Dominique fue a decir el primer nombre de hotel que se le ocurrió, pero Roger le puso una mano en la boca.

—Calla, nena. No quiero que contestes todavía. Te advertiré algo. Tú puedes decimos el nombre de un hotel cualquiera y

nosotros iremos allí a hacer la comprobación… Te diré lo que haremos contigo si nos engañas. Anda, que vea una demostración, Félix.

Félix sacó algo del bolsillo No era un cuchillo sino una especie de tenedor de puntas afiladas.

—¿Sabes para qué sirve, nena…? —preguntó.

—¿Para comer aceitunas?

—Eres muy graciosa. No, no sirve para pinchar nada que alimente, sino para destrozar la cara de una bonita mujer como tú.

Se echó sobre ella.

La joven dio un grito porque creyó que la iba a pinchar con el extraño tridente. Roger la sujetó. Seguía cubriéndole la boca.

Dominique desorbitó los ojos.

Félix apoyó el tridente en la nariz de Dominique.

Las tres puntas de acero rozaron la carne de la joven. El labio colgante de Roger se estremeció.

—¿Lo ves, nena? Solamente con que ahora baje el tridente, te destrozará media cara…

¿Quieres que continúe la demostración? Dominique dijo que no con los ojos.

—Muy bien —intervino Félix—. Ahora nos vas a decir dónde se aloja tu amigo Jean Lefranc.

Roger le quitó la mano de la boca.

—Vamos, dilo de una vez —exclamó Félix—. Pero cuidado con cometer un error. Será el último para ti.

—Hotel Mandrágora —dijo Dominique.

* * *

Jean se sentía el hombre más feliz de la tierra. Sonó el timbre del teléfono.

—Su conferencia con Marsella, señor Lefranc.

—Muchas gracias.

Esperó unos segundos y enseguida oyó la voz de su madre.

—¿Eres tú, hijo?

—Sí, mamá.

—¿Qué tal hiciste el viaje?

—La pelirroja se me dio de miedo.

—¿Que te dieron una rosa? Esa gente del tren es muy amable.

—No, mamá. Pelirroja… Ya sabes, de ésas que tienen piernas…

—Desde luego, en esos trenes siempre dan una carne muy tierna.

—Eso puedo jurarlo, mamá. Estaba tiernísima… Y además, qué perfume…

—Sí, hijo mío, los ferrocarriles franceses tienen fama en el mundo entero y ahora me han dicho que los perfuman muy bien.

—Mamá, ¿te has quedado sorda?

—Es que no te oigo, debe haber un cruce.

—Pues lo siento mucho porque te iba a dar una noticia estupenda.

—Ahora te oigo muy bien, Jean. ¿Qué me decías?

—Me refería a la pelirroja. Me voy a casar con ella, y a lo mejor tenemos pelirrojillos… Pero estoy seguro de que tú los querrás igual.

De pronto se oyó un golpe.

Jean miró el auricular, se metió un dedo en la oreja y lo agitó. Luego volvió a hablar.

—Eh, mamá… ¿ha sido eso un terremoto? No contestó nadie a la otra parte.

—Eh, mamá, ¿dónde estás…? No me digas que se hundió la casa. De pronto se oyó la voz de su padre.

—¿Eres tú, Jean?

—Sí, papá. ¿Y mamá? ¿Qué le pasa? ¿Es que estaba haciendo algo en la cocina…?

—No, hijo, es que se cayó tiesa. ¿Qué es lo que le has dicho?

—Pobre mamá, la emocioné demasiado. Sólo le dije que cualquier día una pelirroja y yo le íbamos a dar nietecitos.

—¿Es posible, Jean?

—Sí, papá, estoy enamorado.

—Pero ¿desde cuándo?

—Desde anoche… La conocí en el tren.

—Demonios, eso es a lo que yo llamo enamorarse como un caballo.

—Papá, te aseguro que ella no es una yegua… Aunque tiene una pureza de líneas que ríete de esa chicas que tú miras a escondidas en esas revistas que te compro los sábados… Bueno, papá, será mejor que te deje y que socorras a mamá.

—Sí, hijo, será lo mejor… Aunque te agradecería mucho que la volvieras a llamar a las siete y la desmayaras otra vez. Quería ver un programa de TV que tu madre no me deja.

—Papá, ahora que hablamos en confianza, ¿por qué no ves lo que a ti te gusta…?

—Ya te lo he dicho, porque a tu madre no le gusta.

—Aprovecha que ha quedado débil y levanta la bandera de la independencia.

—¿Tú crees, hijo?

—Sí, pienso que ha llegado ese gran momento para ti.

—Lo intentaré.

—Infórmame del resultado.

—Sí, hijo, y te doy mi bendición desde ahora y también se la doy a la pelirroja… Bueno, ya nos dirás un día de éstos cómo se llama.

—Sí, papá, hasta muy pronto.

Jean colgó y marcó el número del hotel Imperial.

—Por favor, la señorita Dominique Moreau.

—Espere un momento.

—Sí, desde luego. —Jean seguía sonriendo.

Por fin oyó, la voz del empleado a la otra parte del hilo.

—Perdone, pero la señorita Moreau no ha llegado todavía.

—¿Cómo que no ha llegado todavía?

—Así es, señor. ¿Quién le digo que ha llamado? Jean estaba muy serio.

—Oiga, la señorita Moreau tema que estar ahí ya. Salió de la estación un poco antes que yo. Soy Jean Lefranc, ¿entiende…? Quizá ella ha dicho que no está para nadie, pero yo soy el hombre que se va a casar con ella.

—Perdone, señor Lefranc, pero le aseguro que no le miento. La señorita Moreau no ha llegado al hotel. En cuanto llegue le diré que llamó usted. ¿Quiere dejar su número?

—Ella ya sabe dónde me hospedo. Gracias. Volveré a llamar dentro de unos minutos.

—Como usted quiera.

Jean dejó el auricular en la horquilla y se puso a pasear mientras se tironeaba del lóbulo de una oreja.

¿Por qué Dominique no había llegado al hotel?

Pero ¿qué tontería se preguntaba? No habría llegado porque durante el camino se le habría ocurrido dar al taxista otra dirección, la de una perfumería por ejemplo, la de una tienda de sombreros, la de un almacén… ¿Por qué no…? ¿Acaso Dominique era distinta a las demás mujeres…? Todas tenían sus caprichos.

En aquel momento se abrió la puerta y vio entrar a un tipo alto, de facciones alargadas y labio inferior colgante.

—¿Qué tal, señor Lefranc?

—¿Es usted empleado del hotel?

—No.

—Entonces dígame quién es.

—Soy Roger.

—Roger qué más.

—Sólo eso, Roger.

Jean arrugó el entrecejo.

¿Aquel tipo sería otro loco como el asesino poeta? Tenía aspecto de eso.

—¿No se ha equivocado de cuarto, Roger? —dijo.

—No, señor Lefranc. Es a usted a quien busco.

—¿A mí? ¿Y por qué?

—Quiero plantearle un negocio interesante.

—Disculpe, pero yo no soy un hombre de negocios.

—Es usted muy modesto, señor Lefranc.

—Le aseguro que no tengo ninguna mercancía que le pueda interesar a usted, Roger.

—Yo apuesto a que sí.

—¿Y qué es lo que tengo, Roger?

—El sobre.

—¿El sobre?

—Oiga, no repita mis palabras. Le he dicho el sobre y basta…

—Y basta… Oh, perdón.

Roger llevó aire a sus pulmones.

Aquel tipo lo estaba poniendo nervioso.

—Usted me va a dar el sobre que recibió en el tren. Jean sintió un escalofrío por la espalda.

Él no había recibido ningún sobre en el tren. Pero, durante aquel viaje nocturno, habían ocurrido muchas cosas. Por ejemplo, conoció a la mujer más deseable. Y también corrió una peligrosa aventura

porque cierto asesino que escribía poemas quiso matar a Dominique Moreau.

¿Por qué al ver entrar a Roger había pensado en el asesino poeta? Ahora tenía la respuesta. Eran lobos de la misma camada.

Roger le sonreía.

—Señor Lefranc, será mejor que me de el sobre cuanto antes. Y usted recibirá a cambio algo que quizá le interese mucho.

Jean comprendió a qué se refería Roger.

—¿Qué han hecho con Dominique?

—No se preocupe. Está bien.

—Le he preguntado lo que han hecho con ella.

—Nada, absolutamente nada. Le preguntamos por el sobre y ella dijo que lo tiene usted.

—Sí, es cierto —se apresuró a decir Jean.

—Está bien. Deme el sobre.

—Oiga, las cosas no se van a hacer así.

—¿Qué quiere decir?

—Yo debo tener garantías de que Dominique quedará a salvo… De que yo la recibiré a cambio de lo que usted quiere.

—Ya contamos con eso. Nosotros somos profesionales y hacemos bien las cosas.

—¿Quiere decir que ha traído con usted a Dominique?

—Sí.

—¿Dónde está?

—En un auto.

—¿Dónde está el auto?

—No espere que se lo diga.

—Entonces, no tendrá el sobre.

—Se la está ganando, amigo.

—Le estoy proponiendo una operación ventajosa para usted. El sobre por la chica, pero ha de hacerse con un mínimo de decoro. Quiero decir que ambos debemos cumplir. Yo le acompaño con el sobre hasta dónde está el auto y allí ventilamos la operación.

Jean se asombró de que él pudiera decir todas aquellas cosas con tanta firmeza, pero tenía que impresionar a Roger.

Su visitante quedó pensativo unos instantes y al fin dijo:

—Está bien. Iremos al auto.

—Magnífico, vamos.

—Eh, ¿no se olvida algo?

—Sí, tiene usted razón. Ahora mismo atrapo el sobre.

Jean tenía una cartera de mano en la que guardaba algunos documentos profesionales que debía presentar en la asamblea de químicos, para cuya asistencia había ido a París. Tomó aquella cartera por el asa y dijo:

—Cuando usted quiera, Roger.

—¿Está aquí el sobre?

—Claro.

—Ábralo.

Jean dio un suspiro.

—Estamos perdiendo un tiempo precioso, pero se lo enseñaré. Abrió un departamento de la cartera e inclinó ésta hacia Roger. Allí se veían tres sobres.

—Es el más abultado —dijo Jean.

—De acuerdo.

Jean cerró la cartera, y Roger señaló la puerta.

—Usted primero.

—Encantado.

Los dos hombres salieron de la habitación.

Mientras bajaban en el ascensor, Jean sintió que en el estómago se le hacía un vacío.

¿Podría recuperar a Dominique? Se las tenía que ver con profesionales de la pistola y él no tenía ningún arma.

Era un lío espantoso puesto que él no guardaba nada en la cartera que pudiera interesar a aquellos hombres.

Por un momento al atravesar el vestíbulo sintió deseos de echar a correr y de ponerse a dar gritos como un loco, pero recordó que Dominique estaba en manos de los bandidos y continuó andando imperturbable.

Salieron del hotel y caminaron por la derecha.

Poco después, llegaron ante un taxi que estaba aparcado junto al bordillo de la acera. Alguien abrió la portezuela desde dentro y Roger dijo:

—Lefranc, entre.

Jean entró y sus ojos tropezaron con Dominique.

—¡Jean! —exclamó ella.

—Hola. Dominique. Estos caballeros me invitaron a vuestra

fiesta. A la izquierda de Dominique había un hombre.

Roger se sentó en el asiento delantero, junto al taxista. Jean no perdió la sonrisa. Dio un suspiro y dijo:

—Bueno, señores. Terminemos cuanto antes. Yo les doy el sobre y me llevo a la chica… Roger levantó el cristal de separación y, por el hueco, enseñó el hocico de una pistola.

—¿Decía usted algo, señor Lefranc?

—Sí, desde luego. Que quiero perderlos de vista inmediatamente.

Al tiempo que así decía, Jean abrió la cartera y metió la mano en donde guardaba sus documentos.

—Tenga cuidado con lo que saca de ahí —dijo Roger—. Si es una pistola, le meto una bala por la boca.

—No uso armas, se lo aseguro —repuso Jean y sacó el sobre más abultado de los que guardaba en aquel departamento.

Lo arrojó indolentemente sobre las piernas del hombre que estaba al lado de Dominique.

—Ahí lo tienen —dijo y abrió la portezuela del coche—. Vamos, Dominique.

—Esperen un momento —dijo Roger.

—¿A qué tenemos que esperar?

—He de comprobar lo que hay en el sobre.

—Lo que usted quería. Simplemente eso.

Con la mayor naturalidad, Jean alargó la mano para señalar el sobre, pero de pronto golpeó con el filo la diestra armada de Roger.

La pistola cayó en el suelo.

Félix soltó una maldición y empezó a tirar del arma que guardaba en la axila. Dominique le pegó un codazo en las narices.

Jean ya estaba saltando del auto y tiraba de Dominique.

—¡Mi bolso! —gritó ella porque se le caía, pero logró sujetarlo junto a su estómago. Los dos jóvenes salieron del auto y se mezclaros entre la gente.

—Aprisa, muchacha —dijo Jean.

—No puedo correr más. Jean volvió la cabeza.

—Creo que no nos siguen.

No obstante, siguieron moviendo las piernas con rapidez.

Al cabo de quince minutos, los dos jóvenes entraron en un supermercado.

—Creo que ése es el lugar que nos conviene —dijo Jean.

Pasaron varias secciones y llegaron a una con muy pocos compradores. En una columna había un diván circular muy cómodo.

Jean empujó a la joven allí.

—Bien, Dominique. Ha llegado la hora en que me digas la verdad. He estado a punto de perder la piel varias veces, y me hubiese ido al otro mundo en la más completa ignorancia. ¿Crees que es honesto?

—Jean, aunque no lo creas, hubo un momento en que yo no sabía nada. Cuando Jules trató de asesinarme, yo no sabía qué razón tenía para hacerlo. Pero ahora, se disiparon todas mis dudas.

—¿De qué se trata?

—Del descubrimiento de mi tío Gustave. Durante muchos años ha tratado de convertir el agua salada en agua potable, y al parecer ya lo consiguió… En Marsella me dio un sobre cerrado que yo debía entregar en el Instituto Francés de Oceanografía. Es lo que busca esta gente.

—¿Lo conservas en tu poder…?

—Desde luego. Está en mi bolso.

—Entonces hemos triunfado. Entregaremos esos documentos a la policía. Dominique hizo una mueca y movió la cabeza en sentido negativo.

—No podemos.

—¿Por qué no?

—Por mi tío Gustave…

—No te entiendo…

—Estoy segura de que tío Gustave ha caído en manos de esa pandilla de desaprensivos… Tío Gustave salió de Marsella hace unos días…

—¿Con qué destino?

—París.

—¿Dónde se iba alojar?

—En casa de un colega suyo que le había invitado varias veces… Se llama Armand Ettori.

CAPÍTULO XIV

—Con que se les escaparon, ¿eh? —dijo Armand Ettori—. Pero ¿qué clase de tipos son ustedes?

Félix y Roger estaban en presencia de Raoul Carpentier y Armand Ettori. Éste tenía en su poder el sobre que le acababa de alargar Roger.

—No pudimos matarlos. —Dijo Félix—. Habríamos armado demasiado jaleo y eso habría sido correr un riesgo innecesario puesto que ya tenemos lo que ustedes quieren.

Ettori rasgó el sobre y extrajo su contenido, un montón de papeles que desdobló cuidadosamente.

Empezó a examinar aquellos papeles y, poco a poco, su rostro fue empalideciendo.

—¿Saben usted lo que han traído?

—Lo que ustedes necesitaban —contestó Roger.

—Conque sí, ¿eh? Efectivamente me han traído ustedes una fórmula. Pero ¿saben de qué se trata? ¡De una suela!

—¿Una suela?

—Sí, una suela de zapato.

—No puede ser.

—¡Los engañaron como a chiquillos! —Furioso, arrojó los papeles al suelo y miró a Raoul—. ¿Conque tú le ibas a encargar de todo?

—Fue otra vez el entrometido.

—¡Me importa un rábano quien fuese…!

—Ellos mismos le acaban de informar que fue cosa de Jean Lefranc.

Armand se dirigió a los dos fulanos que habían intervenido en aquel trabajo.

—Son ustedes tan desmanatados como Jules. ¿Por qué no mataron a Jean Lefranc?

—Hay cosas que no se pueden hacer, señor Ettori.

—¿Qué son ustedes? ¿Profesionales o mecanógrafas?

—Disculpe, señor Ettori, pero no nos gusta nada que nos cambien el sexo, Félix y yo somos muy hombres.

Raoul intervino:

—Señor Ettori, al fin y al cabo, tenemos la fórmula del doctor Moreau… Y también lo tenemos a él.

—¿Qué se te ha, ocurrido?

—Que esos dos jóvenes, Dominique Moreau y Jean Lefranc, se estarán quietos por temor a que el doctor Moreau sufra graves daños…

Ettori entornó los ojos.

—¿Crees que pensarán en eso?

—Seguro.

En ese momento sonó el timbre del teléfono.

Ettori hizo una señal a Raoul para que atrapase el auricular.

—¿Sí? ¿Usted…? —Raoul cubrió el micro con la mano—: Señor Ettori, es justamente una de las personas de quienes estábamos hablando. La señorita Moreau quiere hablar con usted.

—De acuerdo. —Ettori tomó el receptor—. ¿Cómo está usted, señorita Moreau?

—Perfectamente, canalla.

—Lo celebro mucho.

—¿Está ahí mi tío, gusano?

—Desde luego.

—¿Qué le han hecho, granuja?

—Oh, se encuentra en perfecto estado de salud…

—Eso tendrá que demostrármelo, reptil.

—No faltaba más, señorita Moreau. Se lo demostraré en cuanto usted venga por aquí.

—¿De qué está hablando? Yo no puedo ir por ahí porque entonces me convertiría en un fiambre. Le he adivinado las intenciones, ¿verdad, sepulturero?

—Es usted muy chistosa.

—Gracias por halagar mi ingenio, gángster. Y ahora hablemos de mi tío Gustave.

—Hablemos.
—Tiene que devolvérmelo.
—Oh, sí, estoy de acuerdo, señorita Moreau.
—Es usted muy amable.
—Qué pena. No agregó ninguna dedicatoria.
—Deje salir a tío Gustave de esa casa…
—Las cosas no se pueden hacer así, preciosa.
—¿Y cómo quiere que se hagan, serpiente de cascabel?
—A mi manera.
—¿Cuál es su manera?
—Es la mar de sencillo. Usted y el señor Lefranc vendrán a mi casa.
—El señor Lefranc no está aquí. Tenía una reunión importante.
—No sea ingenua, señorita Moreau. Sé perfectamente que. Jean Lefranc está a su lado.
—¿Y cómo lo sabe?
—Porque ese muchacho quedó prendado de su hermosura y se ha propuesto ayudarla hasta el final. Por ello, no quiero que usted le quite esa oportunidad de hacer el héroe hasta el último capítulo.
—Supongamos por un momento que el señor Lefranc no está de acuerdo en acompañarme hasta esa casa.
—Entonces lo siento por su tío Gustave…
—Pero ¿qué es lo que quiere de mí, señor Ettori?
—El sobre genuino. No me interesa otra cosa. Luego, ustedes quedarán en libertad.
—¿Cómo sé que va a cumplir?
—Señorita Moreau, yo saldré hoy mismo de Francia. Y como llevaré la fórmula conmigo, no me importará que ustedes queden con vida. Con ello quiero decirle que no soy un asesino.
—Ahora es usted el de los chistes.
—Oh, sí, sé a lo que se refiere, al hombre que trató de matarla en el tren. Debo presentarle mis excusas por el comportamiento de ese hombre. Pero le aseguro que yo no fui quien lo contraté. Uno de mis hombres se excedió un poco…
—Está bien, señor Ettori. Me temo que en las actuales circunstancias tengo que confiar en usted.
—Gracias, señorita Moreau.
—¿Cuándo quiere que vayamos el señor Lefranc y yo…?

—Los espero dentro de una hora… ¿Conoce mi dirección?

—Avenida Arromanche, 129.

—Exacto. Pero le quiero hacer una advertencia, señorita Moreau. No intente hablar con la policía. Si comete el menor fallo, no podremos hacer el negocio y su tío Gustave será el que sufra las consecuencias.

CAPÍTULO XV

Dominique Moreau dejó el auricular en la horquilla y miró a Lefranc.

—Quiere que vayamos a su casa.

—Para cortamos el pescuezo mejor.

—Jean, ¿por qué eres tan lúgubre? Ahora me recuerdas a Jules, el loco.

—Sí, tienes razón, pero es que yo no le veo salida a esto.

—Tiene que haberla.

—Claro, llamando a la policía.

—Oh, no podemos, Jean. Matarían a tío Gustave… Estoy segura de que ese Ettori no me amenazó *en* vano.

—Sí, eso creo yo también. Pero es que, si vamos a su casa, nos van a matar a todos.

—Me ha dicho que sólo quiere la fórmula… Y que inmediatamente se marchará de nuestro país, que no le importa que sigamos viviendo.

—Permítame que me ría de las buenas intenciones del señor Ettori.

—¿Tú crees que Armand nos hará rodajas?

—O nos machacará, que es lo mismo.

Jean se puso a pasear por la estancia, de una pared a otra.

Se encontraban en el apartamento de Lefranc, en el hotel Mandrágora. De pronto Jean se detuvo haciendo chascar los dedos.

—Creo que hay un camino.

—¿Cuál?

—Raymond Duc.

—¿Quién es Raymond Duc?

—Un agente secreto amigo mío.

—Pero ¿de qué estás hablando? Es un policía.

—Raymond Duc es un policía especial, casi trabaja por su cuenta. Si yo le pido que guarde un secreto de lo que le informemos, será una tumba…

—Jean, creo que vas a cometer un error.

—Cariño, por nada del mundo voy a consentir que maten a tu tío, pero tampoco quiero que te hagan ningún daño. No podemos presentarnos en esa casa como dos borreguitos que van al matadero.

Jean descolgó el teléfono y marcó un número.

Sonó tres veces el timbre a la otra parte y luego oyó una voz soñolienta de mujer.

—Diga.

—Por favor, quiero hablar con Raymond.

—No está.

—Sé que está.

—¿Por qué lo sabe?

—Porque cuando hay una mujer en su apartamento, también él tiene que estar. Transcurrieron cinco segundos y enseguida Jean oyó una voz varonil.

—¿Quién me llama?

—Raymond, soy Jean Lefranc… Tu amigo de Marsella.

—¿Qué pasa, Jean?

—Te necesito… Estoy en un lío tremendo…

—Asunto de faldas, ¿eh…?

—No, Raymond, aunque ya sé que también eres un especialista en eso, pero yo te necesito por tu otra especialidad. Se trata de algo muy secreto. Una fórmula que vale muchos millones… El hombre que la inventó está en poder de una pandilla que quiere abandonar el país. Pero ¿por qué no vienes aquí y te lo cuento todo?

—Demonios, no sé lo que dirá mi rubia. Justamente, ella y yo estábamos oyendo un concierto de Wagner… Música celestial.

—Sí, ya lo imagino, Ray. Pero si no vienes pronto, mi chica y yo vamos a tener otra clase de música. Nos enviaron un ultimátum. Tenemos que ir a casa del jefe.

—Está bien. Suspenderé el concierto con mi rubia, quiero decir con Wagner… ¿Dónde estás?

—Hotel Mandrágora, habitación 77. Pero date prisa, Ray. No

tenemos mucho tiempo.

—De acuerdo. Jean colgó.

—Mi amigo vendrá enseguida.

—¿Qué esperas que haga él? —preguntó Dominique.

—Tiene experiencia en estos casos.

—Creo que, en las circunstancias actuales, no va a servir de nada la experiencia de tu amigo. ¿Es que no te das cuenta…? Tienen prisionero a tío Gustave y lo matarán en cuanto se den cuenta de que otra persona ajena a nosotros está metida en el asunto.

—Ten un poco de esperanza.

Jean se acercó a Dominique y la estrechó entre sus brazos. Luego, la besó en los labios. Jean se fue entusiasmando poco a poco.

Fue ella quien lo apartó, diciendo:

—Ya habrá tiempo para todo.

—Sí, es posible, pero será mejor que tomemos un adelanto, por si nos matan.

—Jean, no quiero morir…

—Yo tampoco, cariño. Somos demasiado jóvenes. Estaban hablando con los labios juntos.

—Yo sólo tengo veintidós años —dijo Dominique.

—Y yo veintiocho.

—Estamos en la flor de la vida.

—No te preocupes, Dominique, no va a pasamos nada. La llevó al diván y la continuó besando.

Al cabo de unos minutos, entró en el apartamento un joven de unos treinta años, alto, fornido, con rostro de facciones simpáticas.

—Que aproveche —dijo.

—Raymond —exclamó Jean apartando su boca de la de Dominique. Los dos amigos se abrazaron y luego Jean presentó a Dominique.

Raymond sonrió a la joven.

—Ten cuidado con Jean, puede ser un tipo de lo más peligroso. Hasta ahora sólo se ocupó de la ciencia y, los de su clase, cuando se dedican a una mujer, explotan.

Jean señaló al joven.

—Y tú ten cuidado con Raymond. Ya te hablé de su doble

profesión. Espionaje y mujeres.

Jean preparó *whiskys*.

Cuando tuvo su vaso, Jean empezó a contar la historia. De vez en cuando, intervenía Dominique.

Raymond escuchó hasta el final, haciendo muy pocas interrupciones.

—¿De cuánto tiempo disponemos? —preguntó finalmente.

—Unos treinta y cinco minutos —respondió Jean.

—Entonces lo podré hacer.

—¿A qué te refieres, Raymond?

—Yo ocuparé el puesto de Dominique y los dos iremos a la casa de ese Armand Ettori. Jean parpadeó.

—No te entiendo, ¿qué tú ocuparás el puesto de Dominique?

—Así es.

—Pero, no puede ser. Entre tú y Dominique hay bastante diferencia.

—No la habrá cuando acabe de camuflarme.

—¿Qué?

—Ya lo has oído, Jean. Seré tu pelirroja.

Lefranc agrandó los ojos como platos porque entonces comprendió lo que quería decir Raymond Duc.

* * *

El doctor Gustave Moreau se levantó de la mesa ante la que había estado trabajando y volvióse hacia su visitante, Armand Ettori.

—¿Tiene ya la fórmula, doctor?

—Sí, la terminé hace un rato. Estaba esperando su visita.

—Démela.

—Dígame antes qué han hecho con mi sobrina.

—Nada, ella vive.

—¿Cómo sé que me está diciendo la verdad?

—Tiene que confiar en mí.

—Eso es demasiado sarcasmo por su parte, señor Ettori. ¿Cómo quiere que confíe en usted después de lo que me ha hecho?

—Usted sabe perfectamente por qué lo secuestré, por conseguir su fórmula. Si ahora la tengo, ¿qué más me da que su sobrina viva?

El doctor Moreau titubeó todavía unos instantes, pero finalmente tomó los papeles de la mesa y los alargó a Ettori.

Éste los recibió sonriendo y, después de echar una ojeada a los primeros folios, dijo:

—Parece que ha hecho un buen trabajo. Pero, de todas formas, he de hacer una comprobación. Volveré a verlo dentro de unos minutos.

Armand salió al *living*.

Allí se encontraban Raoul, Félix y Roger.

—¿Ya lo tiene, jefe? —preguntó Raoul.

—Sí.

—¿No nos habrá engañado ese tipo…? —preguntó Raoul.

—Ahora lo comprobaré. Concédeme unos minutos. Sonó el timbre de la puerta.

Roger y Félix sacaron la pistola.

—Deben ser ellos —dijo Raoul.

—Es demasiado pronto —repuso Ettori—. Pero abre. Raoul cruzó la estancia y abrió la puerta del apartamento. Entró una rubia platino de rostro bello, sensitivo.

—Mylene, ¿qué haces aquí? —dijo Ettori.

—Te estuve esperando. Me dijiste que almorzarías conmigo…

—Se me fue el santo al cielo, pero debiste imaginar que tenía negocios más importantes que almorzar contigo.

—¿Existe algún negocio más importante que yo? —repuso la rubia platino con un abaniqueo de pestañas.

Los dos matones, después de guardar la pistola, se habían quedado con la boca abierta, admirando el bello ejemplar del sexo femenino que se les había colado en el apartamento.

—Eh, señor Ettori —dijo Félix—. Usted sabe cuidarse.

Ettori se dirigió hacia Mylene y, de pronto, le soltó una bofetada.

La rubia lanzó un grito y se desplomó sobre el diván del que rebotó al suelo.

—Maldito, ¿por qué me pegas?

—Entérate de una vez, nena —dijo Ettori apuntándole con el dedo—. No consiento que ninguna mujer se interfiera en mis asuntos privados. Si te dije que me esperases en el restaurante, no debiste moverte de allí, ¿lo oyes bien, o te lo digo con un

megáfono?

Los dos matones estaban observando las bellas piernas de la rubia que habían quedado muy al descubierto.

Al fin, ella se levantó, frotándose la mejilla que Ettori había golpeado.

—Eres un salvaje, Armand.

—Sí, soy un salvaje y te voy a comer cruda si no te marchas inmediatamente de aquí.

—Me estropeaste el maquillaje.

La joven abrió el bolso y todos creyeron que iba a sacar un lápiz de labios. Pero la rubia platino sacó una pistola.

Fue verdaderamente emocionante.

Los hombres que estaban en la habitación miraron a la rubia y a la pistola, pero mucho más a la pistola.

El primero en romper el silencio fue Armand Ettori.

—Cariño, guarda esa arma. Se te puede disparar.

—No, no la guardaré. Armand forzó una sonrisa.

—Perdona si te pegué, pero tu llegada me puso nervioso.

—¿Crees que estoy enfadada porque me pegaste, bastardo?

—Cuidado, Mylene, no me gusta que me insulten.

—De acuerdo, hijo de perra.

—Mylene, ¿qué significa esto?

—¿Todavía no lo has comprendido, pedazo de animal? Te he consentido muchas cosas en estos últimos días, que pusieses tus sucias manos en mi piel, que me besases, que me hicieses el amor…

—Dijiste que estabas enamorada de mí…

—¿Desde cuándo una mujer como yo se puede enamorar de un puerco como tú? Ettori hizo rechinar los dientes.

—Mylene, te voy a hacer picadillo.

—Anda, atrévete a ponerme una mano encima y te meto una bala en el duodeno.

—Pero ¿qué significa esto?

—¿Tú qué crees?

Ettori tenía los papeles del doctor Moreau en la mano. Tragó saliva.

—Prefiero que tú lo digas, Mylene.

—Quiero la fórmula, y no me preguntes cuál. Tú ya lo sabes, la de la conversión del agua salada en agua potable.

—Te voy a cortar el cuello, Mylene.

—Será mejor que olvides eso —repuso ella.

En aquel momento se abrió la puerta y entraron dos hombres con sendas pistolas.

* * *

—Querido —dijo la rubia platino llamada Mylene—, te presento a Otto y a Albert, dos buenos amigos míos.

Otto y Albert, los dos tipos de las gafas oscuras, hicieron un saludo con la pistola que empuñaban.

—Mylene, ya veo que eres mucho más inteligente de lo que yo había supuesto.

—Me alegra mucho oír esa rectificación, Armand. ¿Recuerdas…? Hace unos días me llamabas tu rica gatita estúpida.

—Creí que sólo eras una mujer que había sido hecha para el amor.

—He sido hecha para otras cosas, querido. Por ejemplo, para ser millonaria.

—¿Y cómo piensas llegar a ello?

—Voy a serio con ayuda de tu fórmula mágica.

—No la tengo.

—¿No?

—Él doctor Moreau se negó a colaborar con nosotros.

—¿Y dónde está el doctor…?

—Se escapó.

—¿Por dónde?

—Por una ventana.

La rubia platino hizo una señal a uno de los hombres con gafas oscuras, al más alto.

—¿Has oído, Otto?

Otto sacudió la cabeza y se acercó a Ettori. Hizo un movimiento rapidísimo con el brazo y el cañón de su pistola chocó contra la barbilla de Ettori, el cual retrocedió tambaleándose y soltando un aullido de dolor.

—Querido —dijo Mylene—. Otto es un hombre muy nervioso, ya lo ves, no soporta a la gente mentirosa. Para que no continúes haciendo el tonto, te diré que sé perfectamente que tienes al doctor

Moreau, y apuesto a que se encuentra en la habitación vecina.

—Es cierto, está ahí —admitió Ettori.

—Con que no se escapó por la ventana, ¿eh?

—No.

—Anda, dame la fórmula de una vez.

Ettori miró los papeles que conservaba en la mano. Había luchado mucho por su posesión y ahora la mujer con la que había corrido una aventura amorosa durante las últimas semanas, se los quitaba.

—Mylene —dijo—, esto es demasiado importante.

—Ya lo sé.

—Quiero decir que podíamos llegar a un acuerdo.

—La respuesta es no.

—Hay dinero para todos, Mylene… Me prometieron cinco millones de dólares y estoy seguro de que tú no tienes comprador.

—Claro que tengo comprador.

—¿Quién es?

—El mismo que te iba a comprar a ti.

Una venilla se hinchó en la sien de Armand Ettori.

—¡No puedo creer que me hayas jugado tan sucio, Mylene!

—Son cosas de la vida, rico gatito estúpido. ¿O debo agregar también que eres un rico gatito peludo…?

—Mylene, me conformaré con un millón de dólares.

—Pasa el platillo por otro lado.

—No es una limosna lo que quiero, sino una parte razonable en este negocio que he manejado desde el principio.

—Lo manejaste para mí y, cuanto más pronto te metas eso en la cabeza, será mucho mejor para tu salud.

Félix trató de sacar la pistola. Creyó que los hombres de gafas oscuras estaban distraídos escuchando la conversación entre Mylene y Ettori.

Sin embargo, se equivocó. Albert le pegó un patadón en el bajo vientre.

Félix lanzó un grito de dolor, se dobló en dos y cayó como un ovillo en la alfombra. Otto dejó oír su voz.

—La próxima vez habrá una bala para el que se desmande. La rubia platino sonrió a Ettori.

—¿Has oído, animalucho…? Anda, dame ya esos papeles si no

quieres enfadar más a mis muchachos.

—Está bien, ahí los tienes.

Mylene se hizo cargo de los papeles y se los dio a Albert. Éste los examinó durante un par de minutos y al fin dijo:

—Es la fórmula buena.

—Puedes marcharte, Mylene —dijo Armand—. Esto me servirá de lección. Mylene rió con risa cantarina.

—Eres un ingenuo, Armand. ¿Crees que nos podemos marchar así?

—¿Qué quieres decir?

—Si nosotros nos fuéramos con estos papeles, tú, en poco tiempo, podías conseguir otra vez la fórmula del doctor Moreau… No, querido, no podemos hacer tal cosa.

—¿Serías capaz de matarme…?

—No me refería a ti. Es al doctor Moreau al que tenemos que quitar de en medio, ¿verdad, muchachos?

Otto y Albert hicieron un gesto afirmativo.

Ettori pensó que, después de todo, aunque matasen al doctor Moreau, le quedaría una esperanza de adueñarse de la fórmula. ¿No tenía la sobrina del doctor Moreau, Dominique, un sobre que contenía la clave del enigma?

—Sí, te comprendo, Mylene.

—Gracias. Anda, Albert, ocúpate del doctor Moreau. Albert se dirigió hacia la puerta del fondo y abrió.

—Salga, doctor Moreau.

Se oyeron pasos y el científico apareció en el hueco. Se detuvo al ver a tantas personas allí.

—¿Qué nueva canallada se le ha ocurrido, señor Ettori? —preguntó al hombre que le había invitado.

El hombre de la pierna ortopédica se mojó los labios con la lengua.

—Lo siento, doctor Moreau, pero ya no tengo nada que ver con este jaleo. Es cosa de la rubia platino y no mía… Lo van a matar.

El doctor enarcó las cejas.

—Todos ustedes son unos infames. Desde que me hizo su prisionero, señor Ettori, no dudé un momento en que el final sería éste, mi muerte. Y no importa quien apriete el gatillo. Todos ustedes son unos miserables que sólo piensan en sí mismos… Les tiene sin

cuidado la humanidad… Está bien, disparen, mátenme, pero con ello solo se cubrirán de vergüenza. Sé muy bien que recibirán su merecido…

—Amén —dijo el asesino Albert y arqueó el dedo en el gatillo, listo para disparar.

CAPÍTULO XVI

En aquel momento llamaron a la puerta. Otto movió hacia allí la pistola.

Mylene arqueó las cejas interrogativamente mirando a Ettori.

—¿A quién esperabas, Armand?

—Oh, sí, a los fontaneros… Hay una cañería que se sale. Mylene hizo una señal a Albert.

—Abre, muchacho.

Albert cruzó la estancia y abrió la puerta de un tirón.

En el hueco apareció Jean Lefranc que iba acompañado de una pelirroja. Ésta no era otra que Raymond Duc, el agente de contraespionaje francés, que iba disfrazado de mujer.

—¿Dónde está mi tío? ¿Dónde está mi tío, miserables canallas?

Esto produjo un poco de confusión, pero Otto puso el hocico de su pistola delante de la cara de Duc.

—A callar, guapa, o te machaco la nariz.

—Pedazo de bruto, ¿quién se ha creído que es para hablarme así? Al mismo tiempo, Raymond le pegó un puntapié en la espinilla.

Otto salió a la pata coja mientras daba chillidos.

Duc aprovechó aquella coyuntura para correr hacia el doctor Moreau.

—Tío Gustave, ¿te han hecho algo?

Tío Gustave no había visto nunca a aquella mujer y apretó la boca.

—Ya lo sé… —dijo Raymond—. Te han roto los dientes… —Se volvió furioso hacia todas las personas que estaban allí—. Debería darles vergüenza. Hacer esto con un viejecito sabio, con un hombre que quiere convertir el agua de mar en agua potable para que todo el mundo se pueda lavar la cara.

Albert intervino:

—Cierra la boca, pelirroja. Ya me estás hartando con tus palabras sensibleras…

—No me da la gana de callarme. La boca se tiene para hablar. Albert la apuntó con la pistola.

Jean Lefranc gritó:

—¡No la maten, no la maten…! ¡Esa mujer es mía…!

Duc lanzó un grito, puso los ojos en blanco y se derrumbó en el suelo. Lefranc corrió hacia él.

Allí había dos tipos que estaban completamente desorientados. Eran Roger y Félix. Aquélla no era la pelirroja que ellos habían conocido en la estación y con la que habían viajado en taxi. Había habido un cambiazo, ¿o ésta sería la verdadera sobrina del doctor Moreau?

Bueno, de todas formas aquel lío les convenía mucho porque en cualquier momento, podrían sacar la pistola.

Mylene pegó una patadita en el suelo.

—Albert, mata de una vez al doctor Moreau.

—Ahora mismo, ya no habrán interrupciones.

Albert levantó la pistola.

De pronto sonó un estampido. Albert lanzó un grito y se desplomó.

La pistola que se había disparado era la que manejaba Raymond Duc desde el suelo. Otto fue a hacer uso de su arma, pero Jean Lefranc se abalanzó sobre él.

Los dos cayeron.

Armand Ettori sacó una pistola del bolsillo y fui a utilizarla contra Mylene.

Fue una torpeza por su parte. La rubia platino llevaba mucha ventaja ya que seguía manejando su pistolita.

Mylene disparó a boca de jarro.

Ettori recibió la bala en el pecho y salió despedido hacia atrás, los ojos desorbitados.

Félix y Roger creyeron que les había llegado el turno, también sacaron a relucir sus instrumentos de muerte.

Duc metió a Félix una bala en el hombro.

Roger arrojó la pistola al suelo y levantó los brazos.

—No dispares pelirroja.

Mylene echó a correr. Se llevaba la fórmula.

Llegó a abrir la puerta, pero en este instante otra mujer cayó sobre ella con el impulso de una tigresa.

Era Dominique Moreau.

Las dos mujeres se derrumbaron enzarzadas, dando aullidos.

Lefranc estaba asestando puñetazos en la cabeza de Otto y por fin lo dejó sin conocimiento. Se adueñó de la pistola y, levantándose, dijo:

—Se acabó la diversión.

Raoul, que no había intervenido para nada en aquella pelea final, se dejó caer en un sillón mientras murmuraba:

—Está escrito que siempre seré pobre.

Las dos mujeres seguían peleando, pero ahora Dominique pegó un puñetazo entre los dos ojos a la rubia platino y ésta se relajó, quedando desmayada.

Raymond Duc se quitó la peluca.

—Bueno, Jean. Ya lo tienes todo listo. Jean se dirigió a Dominique:

—¿Por qué nos seguiste? Te dije que te estuvieses quieta…

—No podía estarme quieta —repuso Dominique—. Conmigo empezó el asunto y conmigo se tenía que acabar.

* * *

El tren corría agujereando la negra noche. Dominique se encontraba en el compartimiento a solas Cubríase con un *deshabillé* de encaje negro.

Llamaron a la puerta.

—Adelante.

Se abrió la puerta y vio en el hueco a un tipo de ojos saltones y lentes de mucha graduación.

Dominique dio un grito.

—Perdón —dijo el hombre—, creo que me equivoqué de compartimiento. En seguida llegó Jean Lefranc.

Se quitó el sombrero como saludando y desapareció. Dominique corrió hacia él y se echó en sus brazos.

—¿Qué te pasa, nena?

—Creí que volvía a empezar.

—¿Qué cosa?

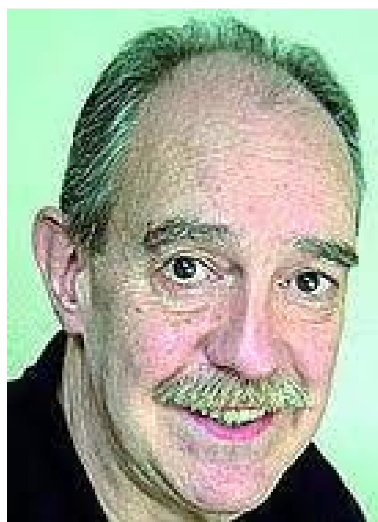
—La persecución.

Jean levantó la barbilla y después de besarla en los labios, dijo:

—Nena, todo eso ya pasó a la historia. Acabó nuestra aventura, y ahora empezamos otra, la que a mí me gusta más… Y te aseguro que en ella no habrá pelirroja de recambio.

Estrechó entre sus brazos a su esposa y la besó apasionadamente en la boca.

FIN



Keith Luger era uno de los seudónimos de Miguel Oliveros Tovar, nació en La Coruña el 17 de marzo de 1924. Su padre, Juan Oliveros Bueno, capitán del cuerpo de sanidad militar, y su madre, Presentación Tovar Rivas, eran de la provincia de Granada, de Ojiva él y de Salobreña ella. En la fecha indicada, el padre estaba destinado en la ciudad gallega donde permanecieron hasta que el niño cumplió los tres años. El siguiente destino paterno fue Melilla y, cuando Miguel era ya un adolescente, llegaron a Valencia.

Estudió el bachillerato en el instituto «Luis Vives». Terminado con brillantez, pasó a la Universidad, donde fue un aventajadísimo estudiante de Derecho. Los cinco cursos de la carrera los hizo en tres años. Jura como abogado el 10 de febrero de 1949. Ejerció como tal algunos años. En las tarjetas que distribuía a sus clientes, además de su nombre, podía leerse: «abogado criminalista».

Durante esta época encontró tiempo para preparar oposiciones al ayuntamiento valenciano. Las aprobó y llegó a jefe de negociado.

Miguel Oliveros publicó, entre agosto de 1953 y julio de 1972, las últimas fueron póstumas, novecientas quince novelas (915) de los géneros: oeste, policial, ciencia-ficción y rosa.

Otro seudónimo fue el de «Miguel Romano» (para novelas rosas) o

el de «Bronco Mike» (para la editorial argentina Trébol).